

*Y en fin, dirás, que si bañó mi diestra
en su sangre el puñal, el mismo acero,
castigando a Orosman, a Xayra venga.*

LA FE TRIUNFANTE

DEL AMOR Y CETRO,

Ó

XAYRA.

TRAGEDIA FRANCESA.

Traducida al español por Don Vicente García de la Huerta, de la Academia Española.

QUARTA EDICION.



MADRID: IMPRENTA DE GARCÍA,

Se hallará en la librería de la viuda de Quiroga, calle de las carretas.

ADVERTENCIA

DEL TRADUCTOR.

La aceptacion que logró esta Tragedia en sus primeras representaciones en el teatro de Paris, el aplauso que la ha seguido desde entonces en todos los demas, y el mérito que pueda tener, la han hecho mirar como una obra perfecta en su especie por los apasionados de la Dramática francesa.

Esta idea ha movido á muchos, á traducirla á sus idiomas; pero dudo que en ninguno haya tantas traducciones de ella como en el castellano. Algunos traductores han desempeñado su empresa con aplauso; pero ninguno con tanta felicidad, á mi parecer, como una dama de muy singulares talentos, que hizo una de las primeras traducciones que aparecieron en España. No han sido de igual mérito otras muchas que han ido saliendo posteriormente, en que se vé infelizmente desfigurado el original, sin haber adquirido gracia alguna por esta libre maniobra.

Otros por el contrario, ciñéndose al texto

baja y serviamente, no solo le han degradado de su dignidad, como debe suceder en toda traduccion literal; sino que, despojándole del auxîlio de la Rima, mas necesaria á la poesía francesa que á otra alguna, para disimular su frialdad celtica, han agregado á sus traducciones la insipidez del verso suelto, de que solo pueden gustar los que no saben hacer otros, ó los que se deleytan con Dramas en prosa.

El defecto mas frecuente en las traducciones de piezas poéticas consiste en querer aquellos que las hacen, conservar con una religiosidad pueril é impertinente la letra del original, con cuyo trabajo, por mas ímprobo que sea, no se logrará de ordinario otra cosa, que enervar la fuerza del autor, á causa de la notable diferencia que tienen entre sí las lenguas, no solo en quanto á su índole y frases, sino tambien en quanto á las ideas, conceptos y expresiones que les son peculiares.

Ni es menor la diversidad que se observa en quanto á la misma poesía con respecto á las varias naciones que la cultivan. Cada una tiene sus propiedades privativas y su particular carácter, que quasi siempre es análogo al de los naturales. A un español,

á un oriental, á quienes la sublimidad y pompa de sus poesías encanta justamente, seria insoportable una poesía francesa, si se la diesen traducida con su frigidez natural y característica; del mismo modo que desagradaria á un francés un pensamiento, una metáfora y una comparacion modelada á la oriental; si se la presentasen con el fausto que tanto ofende á cierta nueva secta anti-epigrammatista, que de Francia ha pasado á Italia, y de rechazo ha contaminado á no pocos frívolos españoles, que ya hallan atrevido, hinchado y monstruoso todo aquello que ni saben, ni pueden ellos hacer, y quanto no está á tiro de las debiles fuerzas de sus ingenios.

El vicio de estos serviles traductores es, el que reprende Cervantes en boca del Cura en el escrutinio de los libros de D. Quixote con alusion á la traduccion del *Orlando* del insigne poeta Ludovico Ariosto, hecha por el capitan D. Gerónimo Ximenez de Urrea, aragonés, de quien dice, *que le quitó mucho de su natural valor; y lo mismo harán todos aquellos, que los libros de versos quisieren verter en otra lengua: que, por mucho cuidado que pongan y ha-*

bilidad que muestren , jamas llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento.

El traductor debe tratar el original, cuya traduccion emprende, con toda la cortesanía que está obligado á observar aquel que lleva voluntariamente un huesped á su casa. Seria una enorme villanía en lugar de regalarle, segun exîge la urbanidad, el despojarle de sus vestidos propios. Esto es puntualmente, lo que hacen los malos y literales traductores de obras poéticas; y así como al que hospeda en su casa á otro, es indispensable el obsequio y regalo de su huesped, por la misma razon nunca se debe tener á mal, que el traductor realce los pensamientos del original; en lo que no hace otra cosa, que lo que inspiran la buena crianza y la razon. De la observancia de este canon resulta, á mi parecer, el mayor merito de la traduccion del *Amynta* de Torquato Taso, hecha por D. Juan de Jauregui, que se califica por la mejor que tenemos en nuestro idioma.

No se adquirirá ciertamente esta alabanza Mr. Linguet, aquel Linguet por otra parte tan ingenuo, despreocupado y sa-

bio. En el año de 1770 imprimió en París con el título de *Teatro Español*, una coleccion de comedias nuestras, traducidas en prosa francesa, que dedicó á la Academia española en señal de su amor á la nacion y á su dramática. No hablaré de la mala eleccion de las piezas que contiene, ni del errado é inexâcto juicio que hace de ellas; reservando para el *Teatro cómico español*, que tengo pronto para la prensa tratar esta materia: solo diré, que por falta de inteligencia de nuestra lengua, ó por otra razon menos inocente, parece, que en aquellas traducciones no tuvo otro fin, que el presentar á nuestros émulos nuevos motivos de alucinacion, para continuar en sus preocupaciones contra nuestro Teatro.

La primera comedia de esta coleccion es *La Esclava de su Galan*, una de las muchas incorrectas y defectuosas con que inundó los Teatros el fecundísimo ingenio de Lope de Vega. Por estas razones es una tambien de las que apenas se representan, ni aun por las compañías que llaman de la legua. En la misma version del título empieza el error del traductor, y la des-

figuracion del original; pues la intitula *La Constance à l' epreuve*: esto es, *La Constancia á prueba*, ó *La mayor Constancia*, ó *La prueba de la Constancia*, sostituyendo una idea y expresion incircunscripta, vaga y comun á la precisa, determinada y privativa, que enuncia la constancia de una muger, calificada con la circunstancia de hacerse esclava de su amante para recobrar su afecto.

La primera escena de esta comedia comienza despidiéndose Elena de la amistad y trato de su amante D. Juan con este verso:

Esto se acabó, D. Juan.

cuya expresion, sobre ser muy enérgica y graciosa en castellano, envuelve cierto enfasis decoroso, muy oportuno en la ocasion en que se dice. Pero el colector la traduce de este modo:

C' en est assez, Dom Jeam

esto es: *Basta ya, D. Juan.* Qualquiera que sepa las dos lenguas, y aun sin saberlas, conocerá la falta de exâctitud y pun-

tualidad de esta traduccion, en la qual se comete ademas un triste despojo de la gracia que tiene la expresion y frase original. Á este modo está vertida toda la comedia.

La segunda de la coleccion es el *Domine Lucas*; pero no aquel *Domine Lucas* de Cañizares, tan justamente aplaudido en nuestro Teatro, y que al de qualquier nacion de las mas preciadas de cultas bastaria á dar honor por la gracia é ingenio que recomienda su composicion; sino otro *Domine Lucas* de Lope de Vega, que nada tiene comun con el de Cañizares mas que el título. Mr. Linguet oyó sin duda celebrar, ó vió representar (parece estuvo algun tiempo en España) la célebre comedia de Cañizares, y al hacer su *Teatro español*, acordándose que habia una con este título muy aplaudida, creyendo ser de Lope, encontraria en el tomo 17 de sus comedias, mas faciles de hallarse en Francia, que la comedia suelta de Cañizares, una con igual título, y sin mas exâmen la incluyó en su coleccion, formando la traduccion de ella, no obstante ser una de las mas disparatadas de aquel ingenio, y como tal desconocida é ignorada de quasi todos

los españoles, y aun de los mismos cómicos, entre quienes no he hallado la menor noticia de ella.

La accion de esta comedia pasa en la célebre villa de Alba de Tormes; cuya circunstancia expone Lope para informar al auditorio, segun reglas de buena dramática, en el prólogo secreto, que se contiene en la primera escena, cuyos quatro primeros versos son los siguientes:

Fabricio.

¿Qué os parece de este dia,
señor Fulgencio?

Fulgencio.

Que está
Alba diferente ya,
de lo que en mi edad solia.

Mr. Linguet, ó por ignorancia, ó por otra razon que no alcanzo, no solo no nombra la villa de Alba aquí, ni en el resto de la traduccion, sin embargo de repetirse su nombre muchas veces en el original; pe-

ro ni aun sostituye qualquiera otro pueblo en que se suponga la fábula; cuya falta, con otras muchas que tiene la traduccion, agregada á las no pocas de que abunda la misma comedia, forman uno de los documentos con que Mr. Linguet quiere demostrar á los extrangeros el mérito de nuestro Teatro: así es de acertado su juicio, quando hacen su censura. Bastan por ahora estas apuntaciones sobre el acierto de la coleccion y traducciones de este sabio.

Entre las muchas que se han hecho de esta Tragedia, dos solamente se han dado á la estampa. D. Juan Francisco del Postigo, vecino de Cádiz, publicó la primera, impresa en aquella ciudad en casa de D. Manuel Espinosa de los Monteros en el año de 1765. Está en versos pareados, cuya dura ley hace muchas veces decir á los no muy diestros, lo que no quieren, y esto sucede no pocas á este traductor. La segunda, que, segun pienso, es la que representaba la compañía que seguia los Sitios, se imprimió en Barcelona, sin expresar el nombre del traductor, no hace muchos años, y se reimprimió en la misma ciudad en el de 1782 por Cárlos

Gibert y Tutó. Esta es la que me ha servido de original; pues por su puntalidad demasiada puede reputarse por equivalente. He conservado en mi paráfrasis algunos versos de ella, por no ser mi intento, ridiculizar estas obras; sino dar una idea justa del modo con que las deben emprender los aficionados á la traduccion de piezas poéticas.

Pienso será muy oportuno copiar aquí el primer discurso de Fátima de una y otra traduccion, que es el principio de la Tragedia; para que, parangonados entre sí, puedan los que quisiesen pasar á hacer el cotejo con el de mi paráfrasis. En la traduccion de Postigo es como se sigue:

Fatima.

¿Quién habia de pensar, ó Zayda bella,
que este sitio fatal y dura estrella
nuevas te suscitase inclinaciones?
¿Qué esperanza, destino, ó que blasones
tan lastimosos y funestos dias
han ya mudado en tantas alegrias?
Pacífico tu pecho y sosegado
tranquilidad gustoso ha demostrado,
al paso que se aumenta tu hermosura.

De tu llanto la pena y amargura
ya no ofuscan las luces de tus ojos,
que no vuelves tal vez, ni aun con enojos,
á aquel clima feliz, donde valiente
nos habia de llevar dichosamente
ese jóven frances. Ya no hablas nada
de una tierra tan bella y cultivada,
en donde las mugeres son servidas
de un político pueblo y aplaudidas,
recibiendo en amantes corazones
á su belleza dignas atenciones:
donde de sus esposos compañeras
reynan en todas partes placenteras:
donde la libertad con el recato,
el juicio sin violencia, y en su trato
hallada la virtud sin los temores,
quanto respiran, son honestas flores.
Ya pues no suspirais por tan amada
y dulce libertad antes deseada.
¿De un Sultan el serrallo violento,
su triste austeridad y el sentimiento,
con que el nombre de esclava á el pecho asusta,
no tiene nada odioso que os disgusta?
¿Acaso estimais mas estas riberas
que las del Sena siempre placenteras?

En la impresa en Barcelona es en estos términos.

Fatima.

Hermosa Zayda extraño los afectos
que de improviso esta mansion te inspira.
¿Qué destino feliz ó qué esperanza
ha cambiado los dias de horror llenos,
en dias agradables y tranquilos?
Con tu belleza crece tu alegria,
y la contínuas lágrimas no turban
la brillantez serena de tus ojos.
Ya no los vuelves al dichoso clima,
que aquel frances gallardo nos pintaba,
y á donde conducirnos esperaba:
ni haces memoria ya de los países
donde son veneradas las mugeres,
rindiéndolas los hombres cada dia
el obsequio que Zayda merecia:
donde son compañeras de su esposo,
y el esposo las trata qual señoras:
donde, libres viviendo, por su gusto
contenidas, no temen sus virtudes
á la dura opresion, al miedo, al susto.
¿La libertad no excita tus deseos?

¿La rígida mansion de este serrallo
te es agradable? ¿No te causa pena
el nombre vil de esclava? ¿Has olvidado
por Solima las márgenes del Sena?

Me lisongeo de la inclinacion con que el público mira y recibe mis producciones, que en ésta disimulará las faltas, que no será extraño contenga, en consideracion á que no carece de dificultad este estudio, y á que yo no aspiro á otra satisfaccion en este trabajo, que á dar un nuevo testimonio del deseo que me anima, de contribuir en quanto me es concedido, á la reforma del mal gusto, que ha reynado en esta parte entre nosotros hasta ahora.

N O T A.

En la primera edicion de esta *advertencia* salieron contra ella y su autor varias sátyras, á que se contexta ahora con la reimpresa literal de ella en prueba del desprecio, que entonces le merecieron.

PERSONAS.

Orosman, Soldan de Jerusalen.

Lusiñan, último rey de Jerusalen.

Nerestan. } Oficiales franceses.
Chatillon.

Xayra. } Esclavas.
Fatima.

Corasmin. } Oficiales del Soldan.
Meledor.

Un Esclavo.

La Escena es en un Patio interior del Serrallo.

XAYRA,

TRAGEDIA.

ACTO PRIMERO.

Salen *Xayra* y *Fatima.*

Fat. Dexa, que extrañe, Xayra, unos afectos
tan distintos de aquellos, que solian
notarse en tu semblante. ¿Qué esperanzas,
qué motivo feliz tan tristes dias,
en dias tan alegres han cambiado?
Con la belleza crece tu alegria.
Ya las continuas lágrimas no turban
tus claros ojos, ni al dichoso clima
que aquel frances gallardo nos pintaba,
y á donde conducirnos ofrecia,
los vuelves mas. No excita tus deseos
la dulce libertad, ni ya suspiras

el agradable trato, las costumbres
de un pueblo tan humano, en que dedica
todo su obsequio el hombre á las mugeres,
donde son veneradas y servidas,
y siendo compañeras de su esposo,
como á señoras se las trata y mira:
donde, libres viviendo, solo es freno
su honor de sus acciones: no á esta indigna
prision su virtud deben; ni el ser libres,
sus pasos tuerce, ó su conducta vicia.
¿Cómo pues la mansion de este serrallo
ya te es gustosa? ¡Qué, no te horroriza
de esclava el nombre vil! ¡Preferir puedes
las del Cedron del Sena á las orillas!

Xayra. Pocos, Fatima, auhelan lo que nunca
conocieron. Por esto yo nacida
del Jordán en los márgenes amenos,
y á este serrallo de la infancia misma
trasladada, ignorando otras fortunas,
no vivo descontenta con la mia.
Al Soldán nuestro dueño solamente
trato aquí. Á este recinto reducida,
no hay para mí mas mundo. Estas paredes
vienen á ser los pueblos, las provincias
que he conocido: en ellas solamente
Á Orosman, sus virtudes, sus conquistas,
sus glorias oigo y veo. De su mano,

de su bondad recibo honras continuas,
que me esclavizan mas y mas. ¿Pues cómo,
Fatima, extrañas, que contenta viva
á vista de Orosman? En complacerle,
solo en servirle mi placer se cifra.
Fat. ¡Qué oigo, Xayra! ¡Qué aquel frances ilustre,
que nos juró mil veces volveria
á romper las cadenas injuriosas
de nuestra esclavitud, tan presto olvidas!
¡De su invencible brazo las hazañas
en Damasco! Su esfuerzo y valentía,
y la gloria ganada en tan sangrientas
lides, aunque infelices, repetidas!
Prendado de su brio, generoso
le dió Orosman licencia. Todavia
confio, ha de volver á rescatarnos,
cumpliendo su promesa.
Xayra. Mal confias
en semejante oferta. Yo presumo,
que ofreció mas de lo que hacer podia.
Dos años ya han pasado, y aun no ha vuelto.
Un cautivo que el duro hierro lima
de su cadena, ofrece mucho, y cumple
poco por lo ordinario. Facilita
los imposibles, y por verse libre,

con votos mil, que ha de romper, se liga.
El rescate de diez nobles franceses
traer prometió; y en fin, que quedaria
esclavo él, no cumpliendo su promesa.
Tan generoso zelo sorprendida
me dexó entonces; pero ya...
Fat. ¿Y si acaso
cumpliese su palabra no querrias...?
Xayra. Fatima, es tarde ya: todo ha mudado.
Fat. ¡Cielos, qué dices!
Xayra. Ya, Fatima mia,
no hallo justo ocultarte mi destino.
Partir quiero contigo tanta dicha
como dél me prometo. Oye...
Fat. Prosigue.
Xayra. Luego que á este serrallo conducida
fuiste entre otras christianas, quiso el cielo
templar nuestro pesar, y así destina
la mano de Orosman... Turbame el gozo.
Fat. Acaba pues.
Xayra. El Marte de la Siria,
el fiero vencedor de los cristianos
se ha rendido á mi amor.
Fat. ¡Qué oigo!
Xayra. ¿Imaginas,
que he podido abatirme al vergonzoso
caso de mendigar yo sus caricias?

¿Te turbas? ¿Te sonrojas? Ya lo entiendo.
¡En quán poco me tienes! Mal mi altiva
condicion se pudiera á tan infame
oficio acomodar. Preferiria
las cadenas, la muerte y el suplicio
á accion tan vil. Si ves, que otras aspiran
al torpe lauro y nombre de sus damas,
justo es, que á mí de todas me distingas;
porque solo Orosman podrá agradarme,
quando su amor con mi entereza mida.

Fat. Xayra, yo...

Xayra. Esto supuesto, á mi atractivo
su altivez humillada, solicita
Orosman, que himeneo me corone
por reyna del amor, que me dedica.

Fat. Tus virtudes, tus gracias, tu belleza
merecedoras son de tales dichas,
que yo celebro mucho mas que admiro.
Colmen los cielos, Xayra, tu alegria;
pues yo seré dichosa en ser tu esclava.

Xayra. Fatima, esclava no, serás mi amiga:
participe serás de mi ventura;
pues no lo es la que no se comunica.

Fat. ¿Mas sufrirán los cielos este lazo
tan extraño y violento? Las delicias,
que esperas de la union con tan gran dueño,
fausto, aplauso, poder, soberania

de estado tan brillante tal vez, Xayra,
(no me lo niegues) dí, ¿no se amortiguan
con los remordimientos que padeces?
¿Nada te empacha? ¿De cristiana el crisma,
la memoria de haberlo sido...î

Xayra. Calla;
que la muerte me das. Nada me digas.
¿Sé por ventura lo que soy? ¿Conozco,
mi linage quál es? ¿Quién me dió vida?

Fat. Ser tus padres cristianos afirmaba
Nerestan, que nació en tu patria misma.
Pero ¿cómo lo dudas, quando tienes
la mejor prueba en la sagrada cifra,
que desde tu niñez te adorna el pecho:
en esa cruz, carácter y divisa
de cristianos, oculta y diseñada
en esa joya artificiosa y rica?
¿Quién sabe, Xayra, si quedó contigo
para que siempre de recuerdo sirva
de aquella obligacion, que profesaste
en el bautismo?

Xayra. ¡Ay, Fatima querida,
cómo tu voz mis gustos acibára!
¿Pretendes por ventura, que yo, siga
por un tan leve indicio otra creencia,
que aquella que Orosman sigue y cultiva?
La instruccion y el exemplo me inclinaron

á la ley del profeta de Medina,
modelo de los fieles Mulsumanes,
desde la tierna edad, propia á que imprima
con mas profundidad en nuestras almas
la educacion las máxîmas, que dicta.
Si en el Ganges naciera, seria fuerza
que siguiese la falsa idolatria;
si naciese en París fuera christiana.
¿Pues qué extrañas, que siendo aquí nacida,
del Coran me modele á los preceptos?
La primera instruccion es la que inspira
ideas mas tenaces é indelebles:
la edad, perfeccionándolas, las fixa;
y grabadas despues en nuestras almas,
no las borra sino mano divina.
Tú no fuiste traida á este serrallo,
hasta que, con la edad fortalecida
la razon, alcanzaste luz bastante
para seguir tu creencia primitiva.
Pero yo esclava de la misma cuna,
y entre los mulsumanes instruida,
á conocer llegué de los cristianos
la fé muy tarde; sin que su doctrina
me ofendiese por eso. Muchas veces
esta cruz de respeto y cobardia
me llenaba, sin serme comprehensible
la causa; y aun tal vez, antes que fina

hubiese hecho señor de mi alvedrio
á Orosman, á invocarla me atrevia.
Los admirables dogmas del cristiano,
en que la caridad y la justicia
tanto se recomiendan, explicados
tal vez por Nerestan con gusto oia:
su dulzura mi alma arrebataba:
Pues ley que al mundo todo une y concilia
en reciproco amor, solo es dictada
de eterna y celestial sabiduría.
Fat. ¿Pues cómo así contra ella te declaras?
¿Ignoras por ventura, que enemiga
debes de ser del cristiano, si profesas
la ley de Mahomet, quando te ligas
con quien mas la promueve con sus armas,
con quien mas nos persigue y extermina?
Xayra. ¡Ay Fatima! La oferta generosa
de su grande alma, dime, ¿quién podria
reusar? Yo confieso esta flaqueza
sin rubor. No lo dudes, la benigna
dulce ley que seguís, tambien siguiera,
sagrado culto á vuestro Dios daria,
si no hubiese Orosman, si amor no hubiese.
Pero él me ama; las mas apeteeidas
cosas olvido, quando dél me acuerdo.
¿Mas quándo falta en la memoria mia?
El placer de que me ama ya no cabe

dentro de mí. Su noble aspecto mira:
considera sus ínclitas hazañas;
el brazo vencedor, á quien se humillan
tantos reyes, la gloria con que ciñe
su augusta frente, el fausto con que brilla.
Mas no eso repares; no en el sólio
lleno de magestad con que me brinda;
no en el cetro que rinde á mi belleza;
contempla, que me adora, y excogita
dentro allá de tu idea la mas tierna,
la mas extraordinaria y excesiva
especie de pasion, verás, que es siempre
desigual paga, recompensa tibia
este amor. Yo le amo: á Orosman solo,
su mérito y valor. La mas indigna
fortuna (no me engaño) la mas triste
constitucion, la servidumbre misma,
que sufrimos nosotras, si los cielos
á Orosman condenasen á sufrirlas,
no entibiára mi amor; y, á ser del Ásia
reyna y señora Xayra, baxaria
del trono, y á Orosman en él sentado,
le rindiera poder, cetro, alma y vida.
Fat. Pasos oigo ácia aquí, y él es sin duda.
Xayra. Sí: mi gozo interior lo pronostica.
Sale Orosman.
Orosm. Antes que una himenéo para siempre

nuestros dos corazones, me precisan
mi amor, mi dignidad y tus virtudes
á que te explique, bella Xayra mia,
mis designios con toda la franqueza,
que á un noble musulman caracteriza.
De hoy adelante no he de gobernarme
por los usos y prácticas seguidas
de los demas Soldanes. Nadie ignora,
que nuestra ley, al luxo y las delicias
favorable, permite, que el deseo
sin límites camine: que rendidas
á mis pies me tributen mil beldades
voluptuosos placeres, y que rija
del centro de este seno de deleytes
los pueblos que á mi mano se confian.
Pero, aunque es agradable esta dulzura,
¿quién no debe temer tantas desdichas,
como seguirla suelen y comprueba
la asolacion de tantas monarquías?
De Mahomet los cobardes sucesores
contentos con el nombre de Califas,
pues no les queda mas, en Babilonia
consumiéndose están, quando serian
dueños del mundo, como sus abuelos,
si á si se dominasen. En la Syria,
en Salén arboló el pendon cruzado,
conquistando Bullón estas provincias.

Suscitó despues Dios el brazo fuerte,
para borrar tan bárbara ignominia,
del Saladino, y á su exemplo luego
adelantó mi padre sus conquistas
hasta el Jordán. ¿Y yo con tan heróicos
exemplares podré en torpe desidia
disfrutar un imperio aun mal seguro?
¿Consentiré, que gente advenediza,
enemiga, y en fin cristiana, siempre
exercitada en saltos y rapiñas,
del occidente á estos confines venga?
¿Qué sonando el clarin, que el pecho anima
y provoca á las armas, desde el Ponto
al fértil Nilo, ociosa mi cuchilla
de infame orin se cubra, y yo encerrado
como muger entre mugeres viva?
No, Xayra, no. Te juro por el fuego,
que el corazon inflama, por tu vida,
no tener otra dama, ni otra esposa.
Tu amor y Marte solo se dividan
mi corazon desde hoy. Tu honor tu guarda,
tu virtud ha de ser solo tu espía;
sin que esos viles monstruos del serrallo
centinelas infames, que autoriza
una práctica bárbara y odiosa,
exerzan mas su profesion iniqua.
Estos son mis designios. En tu arbitrio

está tu fe, y en ella está mi dicha.
Si te debiesen solo estas ofrendas
aquella gratitud, con que se estiman
beneficios comunes, ¡qué veneno
tan mortal en mis gustos verteria
correspondencia tal! Que tus afectos
á los mios excedan ó compitan
es mi anhelo. Creyera aborrecido
ser en el punto, que con excesiva
pasion no respondieses á mis ansias.
Si de este afecto te hallas poseida,
hoy (no lo dudes) te he de hacer mi esposa.
Consideralo bien, pues lograrias
hacerme desdichado de otra suerte,
quando anhelo á colmarte yo de dichas.

Xayra. ¡Tú señor, desdichado! Si tu heróico
corazon, si tu grande alma se digna
de admitir esta mia, que te ofrezco,
¿quién no me envidiará? ¡Qué dulces dias
serán los mios, quando yo de esposo
y amante á un tiempo el nombre y las caricias
disfrute en Orosman! Señor, el gozo...
mi alma enagenada... Que permitas
tu pie besar, es bien, á quien dispensas...

Queriendo arrodillarse.

Orosm. No, Xayra, no, mis brazos te reciban

en prueba de que yo soy el que debo...

Xayra. ¡Oh feliz suerte!

Orosm. ¡Oh venturoso dia!

Sale Corasmin.

Cor. El cristiano, señor, que permitiste
pasar á Francia, ha vuelto, y solicita
audiencia.

Fat. ¡Oh cielos!

Orosm. ¿Pues por qué no llega?
Entre pues. Desde hoy queden abolidas
las máxîmas horribles del misterio,
y no en mi corte en adelante sirvan
de pretexto especioso á la privanza,
para exercer la cabala y la intriga,
con que ha hecho odioso el nombre de los reyes
al pueblo tantas veces la malicia.

Sale Nerestan.

Ner. Enemigo glorioso, á quien los mismos
cristianos con razon tanto subliman
por tus raras virtudes, á que cumplas
los mútuos juramentos que nos ligan,
vuelvo ya; y, pues que quedan por mi parte
cumplidos, y te traigo la ofrecida
cantidad por aquestas dos cristianas,
y los diez caballeros, ahora siga

el cumplimento por la tuya. Gozen
su libertad á costa de la mia.
Mi zelo, mis afanes, mis develos,
mis haciendas en fin sus hierros liman;
pero no alcanzan á romper los mios;
ni aun me queda esperanza, que algun dia
pueda yo hacer por mí lo que por ellos.
Mas con todo conserva la mas rica
prenda, quando conserva una pobreza
tan noble y liberal. Otros reciban
de mí la libertad. Quede yo esclavo:
¿qué importa, si mi fé queda cumplida?
Tu esclavo soy. Dispon de mí á tu arbitrio:
gloria es mi esclavitud: no es ignominia.

Orosm. Esa grandeza de ánimo, confieso,
que me sorprende. ¿Pero tú imaginas
de Orosman exceder el generoso
corazon y la heróica bizarría?
Libre quedas. Conserva tus riquezas.
Aumentalas, tomando de las mias
lo que cumpla á tu gusto. Cien esclavos
sobre los diez, aquellos que tú elijas,
lleva contigo á Francia. Allá publiquen,
que no faltan virtudes en la Siria.
Solo al anciano Lusiñan reservo
de este indulto. La estirpe esclarecida

de que desciende, y su derecho claro
al cetro es la razon que le esclaviza.
Estas las vueltas son de la fortuna.
Si él hubiera vencido, yo seria
ahora el esclavo, delincuente ahora.
En la prision acabará sus dias,
sin ver la luz del sol. Siento su suerte:
mas la razon de estado me precisa
á lo que mas detesto y abomino.
Y en quanto á Xayra, piensa, que deliras.
Su precio es superior á lo que alcanzan
tus riquezas. ¡Qué digo! Ni las minas
del Ganges, ni quanto oro Arabia tiene,
ní quanto envuelve en sus arenas Tibar,
quanto puede la Francia y puede el mundo,
jamás podrán hacer, que no sea mia.

Ner. ¡Qué escucho! Advierte que nació cristiana.
Su libertad me tienes ofrecida.
Ella la anhela. ¿Lusiñan acaso,
un anciano infeliz..?

Orosm. Necias porfias.
Advierte, que, aunque dixe, que tus prendas
me agradaban, ya digo, que me irrita
tu arrogancia: que salgas al momento
de este serrallo, y que el albor del dia

ya de Jerusalen te halle distante,
si el vivir por ventura en algo estimas.

Vase Nerestan.

Fat. Gran Dios, dadnos favor.

Orosm. Tú, bella Xayra,
desde este instante tu soberanía
á exercer empezando en el serrallo,
el triunfo de mi afecto solemniza,
entre tanto que texe hoy himenéo
corona augusta de tu frente digna.

Vanse Xayra y Fatima.

Corasmin, yo estoy muerto. ¿No advertiste,
como el esclavo hablarla pretendia?
¿Quán tierno suspiraba? ¿Con qué anhelo
á ella inclinaba la amorosa vista?
¿No notaste, como ella..?

Cor. Que me admire
de unas sospechas tan intempestivas,
permíteme, señor. ¡Tú tienes zelos!

Orosm. ¡Zelos! ¿Qué dices? ¡Zelos! ¿Pues podria
entregarse á pasion tan vergonzosa
mi aliento? Mal lo piensas. Imagina,
que, adorando yo á Xayra y sus virtudes,
la mas leve sospecha, pensaria,
que hacia dignas de su ódio y su desprecio

mi alma, mi pasion, mi mano y silla.
Quien facilmente á tal pasion se entrega;
quien recela sin causas, ese incita
á la ofensa. ¿Qué es zelos? ¿Yo tenerlos
pudiera? Es ilusion. Mas por desdicha
si á tenerlos llegase... En fin son necias
aprensiones, impropias de este dia,
en que en tanto placer debe anegarse
mi corazon. Tú, Corasmin, destina
á la pompa de un vínculo tan dulce
el mayor fausto; siendo la medida
del dispendio el amor de un poderoso,
los fondos de una basta monarquía,
el deseo de ser de Xayra amado,
y finalmente su beldad divina.

ACTO SEGUNDO.

Salen Chatillon y Nerestan.

Chat. Ven, Nerestan, francés ilustre, á
cuyo
corazon generoso y franca mano
deben el bien mayor quantos hoy salen
de un cautiverio tan penoso y largo:
redentor nuestro, que glorioso imitas
al comun redentor de los humanos,
ven pues, á donde goces de la tierna
satisfaccion de ver tantos esclavos
libres por tí, y el gusto de que bañe
tu heróico pie su agradecido llanto.
De regocijo lágrimas vertiendo,
claman por tí á las puertas del serrallo.
No el gozo les retardes de que vean
á su libertador.
Ner. No elogios tantos
prodigues, Chatillon, á quien no ha hecho
mas que hiciera qualquier otro en mi caso.
¿No hicieras tú lo mismo, si te halláras

en mi lugar? Yo solo he executado
lo que bastó á cumplir con mi decoro,
y la fé, que profeso de cristiano.
Chat. No hay duda en eso. Un noble, un caballero,
qualquier digno francés, que del sagrado
nombre de Cristo se honra, por él debe
sacrificarse todo sin reparo.
Su gloria, su mejor blason resulta,
de adquirirse gustoso y voluntario
desdichas, por hacer á otros felices.
Dichoso aquel, á quien el cielo santo
concede esta ventura! Mas nosotros,
de la fortuna miserable escarnio,
reducidos á bárbaras prisiones,
de los hombres, del cielo abandonados,
al parecer, despues que Norandino
á servidumbre nos reduxo; en vano
anheláramos ver la amada patria,
á no mediar tu corazon bizarro.
Ver. Obra es solo de Dios: yo su instrumento.
Dios de Orosman el pecho ha suavizado.
Pero en esta piedad, que con vosotros
exercita el Soldan, ¡oh quán amargo
dolor, quánto pesar, quánto veneno
ha envuelto contra mí! Dios soberano,

que veis mi corazon sencillo y puro,
socorredme. Bien veis, que mis conatos
á vuestra gloria sola se dirigen:
que no es otro mi fin, que reintegraros
de esta joven belleza, que conmigo
en su mas tierna edad estos tiranos
á esclavitud traxeron en el tiempo
en que, vendido Lusiñan y esclavo
en Cesaréa, de cristiana sangre
los campos de la Siria se inundaron.
Rotos los hierros de este cautiverio,
á pesar, Chatillon, de un señalado
valor en mil combates, las cadenas
segunda vez sufrí: pero, logrando
por fin licencia baxo fe y palabra
de volver por vosotros, ví los campos
que fertiliza el Sena. La gran corte
del justo Luis su generoso amparo
me dispensa: del noble patrimonio
que me fundó esta espada y este brazo
á precio de mi sangre prodigada
en lides mil, gustoso me deshago
primeramente: luego peregrino,
corro provincias, importuno y canso
conocidos y amigos, y al extremo
mas repugnante á un corazon honrado,
(todo por Xayra, todo por librarla)

acudo hasta al favor de los extraños.
Vuelvo á Jerusalen contento: entrego
el rescate: mas, ¡triste de mí! quando
ya la juzgaba libre, me la niega
contra su fé el Soldan; y ella, olvidados
los respetos de noble y de cristiana,
su union con él, ¡qué horror! ha concertado.
Dexemosla nosotros. No merece
ni aun la memoria nuestra. Convirtamos
á Lusiñan el sentimiento todo:
pues tambien nos le niega ese tirano.

Chat. Yo por mi parte ofrezco en favor suyo
mi vida y libertad. Á tu mandato
me hallarás siempre pronto.

Ner. Ya no es tiempo.
Lusiñan, ese resto desgraciado
de una estirpe gloriosa, ese guerrero,
cuyo valor, cuyo robusto brazo
dió admiracion al orbe, de Godofre
descendiente, aunque digno, desdichado,
morirá en las prisiones.

Chat. De esta suerte
ya es inútil tu zelo: pues, quedando
tan ínclito caudillo entre cadenas,
¿querrá su libertad ningun soldado?
¿Y mas siendo de aquellos, que regidos

de su esfuerzo y prudencia, peleamos
por él y por su causa tantas veces?
Dichoso tú! que dias tan infaustos
no conociste, dias de furores,
de sangre llenos, de dolor y espanto:
dias, que cubrirá perpétua infamia:
quando cayeron estos muros sacros
en poder de inhumanos vencedores.
Vieras el sacro templo profanado:
del sagrado depósito de Cristo
vilmente hollado el venerable mármol.
Dar el último aliento entre las llamas,
vieras á nuestros padres, hijos caros,
tiernas esposas, deudos, compañeros,
amigos, conocidos y criados.
Á nuestro último rey sobre los cuerpos
de sus difuntos hijos, traspasado
mas del dolor de objeto tan horrible,
que del hierro enemigo hecho pedazos,
despedir el espíritu rendido
al pie de los altares sacrosantos.
En instantes tan fieros y terribles
á Lusiñan verias, animando
el corto resto de franceses nobles
enmedio de los templos arruinados,
sepultura comun á vencedores
y vencidos, cadáveres pisando,

y vivos que aun combaten con la muerte,
conducirnos. La espada en la una mano,
y arbolando en la otra la sagrada
divisa de la cruz, seguid, cristianos,
esta insignia clamaba; y por espesos
esquadrones de persas penetrando,
como rayo del cielo despedido,
iba abriendo á los suyos ancho paso.
Cubriéndole sin duda con sus alas
en trance tan cruel Dios soberano,
le hizo camino, y le sirvió de guia,
para que en Cesaréa retirados
los que libres salimos de la furia
del fuego y hierro en tan comun estrago,
pudiésemos dar treguas, aunque breves,
á tropel tan acerbo de quebrantos.
Allí con voz unánime y contento
por príncipe y caudillo le juramos.
Pero el cielo, la eterna providencia,
por abatir nuestra altivez y fasto,
no premia la virtud en esta vida
muchas veces. En vano peleamos
por la fé y por su honor. ¡Triste memoria
de sucesos tan duros y contrarios!
Aun exhalaban humo las cenizas
de esta ciudad desventurada, quando,
por un traidor vendidos, por un griego,

y por los fieros persas asaltados
en nuestro asilo, aquellas mismas llamas
que de Sion los muros abrasaron,
llevaron su furor á Cesaréa.
El postrer dia fué de treinta años
de infelices combates este dia.
Allí al gran Lusiñan vieras cargado
de cadenas, y grande en los desastres,
no los suyos, sentir nuestros trabajos.
Desde aquel mismo dia á nuestros ojos
oculto este glorioso, este bizarro
campeon de la fé, solo sabemos,
que en oscuras prisiones encerrado
sufre el olvido de la Europa y Asia,
que en tiempos mas felices le admiraron.
Tal es su situacion. ¿Pues, quando él sufre
por nosotros destino tan ingrato,
habrá francés, que admita el bien de verse
libre, quedando Lusiñan esclavo!

Ner. Bien dices. Esa dicha mal pudiera
ser grata á un noble. Sí es, que ha de privarnos
de Lusiñan, detexto esta fortuna
yo tambien. Tu discurso vá aumentando
la tierna inclinacion que le he tenido
desde mi infancia. Enmedio de esos daños,
de esas adversidades fué mi oriente.

Tantos pesares, desconsuelos tantos
con la leche mamé. La prision suya,
la tuya y de los ínclitos soldados,
que en la desolacion de Cesaréa
los voraces incendios perdonaron,
fué el objeto primero que á mis ojos
se ofreció. Me parece estoy mirando
el horrible espectáculo que acabas
de pintarme. Los fieros, los extraños
modos de muertes que noté en los mios,
aun me llenan de horror al recordarlos.
Entonces fué quando violentamente
en lo interior de un templo me encerraron
los fieros vencedores entre yertos
cadáveres, que absorto iba pisando.
Allí encontré diversos niños nobles,
del pecho de sus madres arrancados,
que, aun moribundas ya, los defendian.
Conducido despues á este palacio
por órden del Soldan, con esa Xayra
(perdona mis suspiros y mi llanto)
me crié á un mismo tiempo: con aquella
que perjura á su Dios, abandonando
la fé de su abuelos, hoy se entrega
á Orosman, á un infiel, á un Mahometano.
Chat. El pervertir la juventud cristiana,
política es astuta, que han usado

los Mahometanos siempre. ¡Venturoso
tú, que pudiste en tus infantes años
evitar sus astucias, y felices
nosotros que de tanto bien gozamos
por esta causa! Mas la misma Xayra,
por ventura esa Xayra, que ha olvidado
su patria y religion por un amante,
¿no podrá, Nerestan, con él mediando,
sacarnos de este empeño? Sea el que fuese
el instrumento con que el fin logramos,
importa poco, quando Dios le envia.
Muchas veces los justos y los sábios
de las desgracias, y aun de los delitos,
que evitar no pudieron, han sacado
fruto y utilidad. Xayra te estima:
aprovecha su afecto: ella entregarnos
á Lusiñan podrá. ¿Qué te detiene?
No á los medios, al fin solo atendamos.

Ner. ¿Y querrá Lusiñan, que por sacarle
de la prision, á términos tan baxos
nos sujetemos? No es posible. Y puesto
que consintiese, Chatillon, ¿acaso
permitirá Orosman, que, para verla,
segunda vez las puertas del serrallo
se franqueen, despues que mi presencia
excitó sus enojos? Y aun logrado
el empeño de hablarla, ¿qué socorro

podemos prometernos, ó qué amparo
de una perjura, á quien será insufrible
mi encuentro y mi presencia, imaginando
siempre, y temiendo el cargo de su culpa?
¡Qué duro se hace á un corazon honrado,
pedir favor al mismo que desprecia!
Si le concede, ¡qué rubor y empacho
causa la obligacion! Y si le niega,
¡su despecho quál es! ¡Su enojo quánto!

Chat. Muevate un infeliz...

Ner. Mas no me digas.
Nada reparo ya. Pero, ¿qué pasos
son estos que se oyen? ¡Ella es, cielos!

Sale Xayra.

Xayra. En tu busca, francés noble y bizarro,
vengo. El Soldan permite, que te hable.
No te inmutes, ni vea yo copiados
en tu rostro los cargos, que no es tiempo
de hacerme ya: antes bien aliento dando
á mi oprimido pecho, que desmaya
á tu vista, disipa este embarazo,
este rubor, esta desconfianza,
que reciprocamente nos causamos.
En nuestra tierna edad, en las prisiones,
del cautiverio en el horrible estado
la mas pura aficion en nuestras almas
se estampó. Bien me acuerdo; sí: arrastramos

una misma cadena, cuyos hierros
ácia nuestra union leves y blandos.
¡Quánto fué mi dolor en tu primera
ausencia á Francia! ¡Quánto fué mi llanto!
Volviste al cautiverio. En él me hallaste
confundida con otras; y anhelando
á verte y á tratarte (no lo ignoras)
¡quánto hice! ¡Á que me expuse, por lo-
grarlo!
Despues, ó te moviese el generoso
aliento, que te inflama, ó fuese acaso
el cariño, que es lo que yo creo,
volviste á ver los muros elevados
de la insigne París. Con mi rescate,
llegas al fin al cabo de dos años;
mas á tiempo que el hado para siempre
mi destino y fortuna aquí fixando,
inutilizan una accion tan noble.
Yo misma, yo me estoy haciendo cargos,
que me confunden, y de horror me llenan.
Mas ves este explendor, ves este fausto,
este dichoso enlace, (te lo juro)
no evitarán que sin dolor amargo
de tí me aparte, ya que así los cielos,
no sé si por mi bien, lo han decretado:
que mi agradecimiento no pregone
los beneficios de tu heróica mano:

que no me sea grata la memoria
de tu virtud: que al miserable esclavo
no alivie y compadezca con tu exemplo:
que la infelicidad de los humanos
un corazon no empeñe, que del tuyo
aprende heroicidad: y que el cristiano
no halle en Xayra, por tí, por tí tan solo,
de madre amor, de protectora amparo.

Ner. ¡Tú su madre, perjura, que abandonas
su creencia y su ley por un tirano
que los persigue! ¡Tú, que el lustre y fama
de Lusiñan, que el resto desdichado
permites perecer..!

Xayra. Dexa baldones
injustos é importunos. Á entregaros
este campeon glorioso es mi venida;
á que queden cumplidos y logrados
vuestros nobles deseos y los mios,
me arrastra una violencia, que no alcanzo.
Libre está Lusiñan, y brevemente
le vereis. ¿Quereis mas?

Chat. ¡Dios soberano!
¡Que hemos de ver á nuestro padre libre!
¡Nuestro heróico caudillo han de entregarnos!

Ner. ¿Xayra, podremos creer tanta ventura?

Xayra. Llena de timidez y sobresalto
pedí á Orosman su libertad. Mi ruego
atendió generoso y oyó grato.
Ya el ruido avisa de que llega.
Ner. ¡Qué oigo!
Chat. Oh gran Dios, tus piedades alabamos.
Xayra. Las lágrimas recelo, que me impidan,
verle y hablarle. Como aqueste anciano,
he sufrido prision y cautiverio.
¿Á quién no duelen males, que han pasado
por él tambien, quando otro los padece!
Ner. ¡Que encierre tal virtud pecho tan falso!
Sacan á Lusiñan varios esclavos sosteniéndole.
Lus. ¿Quién del oscuro seno en que la muerte
y el horror solo habitan me ha sacado?
¿Estoy entre cristianos? ¿Mas qué dudo?
Guiadme, amigos. Vacilante y tardo
muevo el pie, que las largas desventuras,
mas que la larga edad debilitaron.
¿Puedo creer en efecto que estoy libre?
Sientánle.
Xayra. Libre estás: no lo dudes.
Chatillon arrodillándose.
Y gozando
tú de este bien, las penas y zozobras,

que hemos sufrido, glorias reputamos.

Lus. ¡Oh dia! ¡Oh dulce voz! ¿Chatillon, eres
tú por ventura? Mártir esforzado,
como yo, de la fé de nuestros padres,
abrazame. ¿El gran Dios, que veneramos
ha puesto fin acaso á nuestras penas?
¿Qué sitio es este?

Chat. Este es el palacio,
que construyó el poder de tus abuelos:
ahora habitacion, centro profano
de Orosman...

Xayra. Sí: Orosman es quien le ocupa:
el ínclito Orosman, que siempre ha amado
las virtudes, premiándolas en todos
los que las tienen. Vino este gallardo
francés, que no conoces, impelido
de su honor, con el fin de rescatarnos
con diez cristianos mas, desde la márgen
del caudaloso Sena. Hubo embarazos
justos para entregarte; bien los debes
tú mismo conocer: pero fundando
su honor y gloria en que ninguno exceda
su magnanimidad, ya te ha acordado
la libertad. Así Orosman iguala
la digna accion de ese francés bizarro.

Lus. Tal el carácter de un francés ilustre
siempre ha sido. Mas tú, que atravesando

mares y tierras, hoy rompes los hierros
que oprimian á tantos desdichados,
dime, ¿á quién debo tanto beneficio?

Ner. Nerestan es mi nombre. Ceño ingrato
me mostró la fortuna á los principios
de la vida, mi infancia y tiernos años
condenando á penoso cautiverio.
Favorable despues, y el deseado
bien de la libertad cobrando, sigo
la corte del gran Luis. Baxo su mando
aprendí el arte de la guerra, siendo
mi maestro y caudillo aquel preclaro
monarca de la Francia, alto modelo
de reyes virtuosos y esforzados.
Á este debo mi grado y mis honores.

Lus. Yo tambien otro tiempo frecuentando
esa corte, gocé de sus delicias,
admiré su explendor. Los porfiados,
rudos combates, con que el gran Felipe
asombró al mundo, fueron de este brazo,
trémulo yá é inútil, sostenidos.
Memorancy, Melun, Nesle, y el rayo
de la guerra Cucy, testigos fueron
de un valor venturoso. Mas ¡qué vanos
recuerdos, quando advierto y reconozco
por las congojas, que me aquejan, quánto
el término se acerca ds mis males!

Hoy por ventura la piadosa mano
del Todo Poderoso dará el premio
á mi constante fé. Mas entre tanto
vosotros, que testigos de mi muerte
venís á ser por medios tan extraños,
Nerestan, Chatillon, y tú, señora,
que disimulas mal el tierno llanto
con que honras mis desdichas, compasivos
mis voces escuchad, de este anciano
padre infeliz, y de cuyos turbios ojos
por lágrimas exprimen los quebrantos
viva sangre, atendedlos, si es que alcanza
el fugitivo aliento á relatarlos.
Bien debes, Chatillon, hacer memoria
de aquel dia infeliz, en que, entregados
por el cielo al furor de Norandino,
á nuestros mismos ojos espiraron
dos de mis quatro hijos, y mi esposa
de los persas al hierro.
Chat. El duro caso
me estremece aun ahora. Á socorrerlos,
me arrojaba, ligadas ya las manos,
lleno de heridas, como tú...
Lus. ¡Que entonces
yo no espirase! De los cielos altos,
hijos del alma, cuyo auxîlio imploro,
proteged, amparad vuestros hermanos,

si por ventura aun viven. Del sangriento
puñal al menor de ellos preservado,
con su hermana infeliz recien nacida
le hizo traer Norandino á este serrallo.
En él sin duda habitan, ignorantes
de su orígen y padres desdichados.

Chat. En el horror de aquella comun ruina
tenia vuestra hija yo en mis brazos,
en la cuna encontrada casualmente,
y á echarla el agua del Bautismo santo
disponiéndome ya, para salvarla,
se frustó mi designio. Rodeado
de repente de persas, me arrebata
la enorme multitud de entre las manos
la tierna presa. Entonces ví al tercero
de vuestros hijos ya preso y esclavo,
cercado de triunfantes enemigos,
que, aunque apenas sus años eran quatro,
conociendo su suerte miserable,
su esclavitud temprana iba llorando.

Ner. ¡Qué confusas ideas, qué recuerdos
me asaltan! Esa edad, los mismos años
tendria yo quando estaba en Cesaréa,
y cubierto de sangre agena y llanto
propio, con el tropel de otros cautivos
me trageron aquí.

Lus. ¡Qué! ¿Te has criado

dentro de este serrallo? ¿De mis hijos
tienes noticia? De esta edad entrambos
vendrian á ser con corta diferencia.
Mas, señora, ¿qué adorno tan extraño
y desusado en sitio semejante
llevais al cuello? Sepa desde quándo
está en vuestro poder.

Xayra. Desde mi infancia.

Lus. ¡Cielos, qué escucho!

Xayra. ¿Qué nuevo quebranto
á sollozar os mueve?

Lus. Permitidme,
que la vea: fiadsela á mis manos.

Xayra. entregando la joya.
¡qué extraña turbacion!

Lus. ¡Oh Providencia!
No engañeis mi esperanza, ojos turbados.
Ella es: no hay duda. Sí: la Cruz es esta
que mi esposa ponia por ornato
al cuello de sus hijos en el dia
que celebraba su natal. ¡Oh hallazgo
venturoso!

Xayra. ¡Qué es esto! ¡Qué sospechas
me confunden!

Lus. Valedme, Dios sagrado,
que á la muerte de Cruz os entregasteis,
por salvar á los hombres, y dignaos

de acabar una accion que es toda vuestra.
Decid, señora, ¿esta presea ha estado
siempre en vuestro poder? ¿Fuisteis traidos,
(no lo oculteis) á un mismo tiempo esclavos?

Xayra. Si, señor.

Lus. En su voz, en sus facciones
es de su madre el mas vivo retrato.
Gran Dios, que esto permites, mis sentidos
anima, que me van desamparando
con el gozo y placer. Sostenme, amigo
Chatillon. Nerestan, hijo, si daros
debo este nombre, conservais, decidme
acaso la señal de un golpe airado,
que os hirió el pecho en mi presencia misma?

Ner. Sin duda.

Lus. ¡Justo Dios! ¡Dios soberano
¡Oh momento el mas dulce de mi vida!

Ner. ¡Padre..! ¡Hermana..!

Xayra. ¡Qué oigo!

Lus. Hijos amados
acercaos: llegad.

Arrojándose á los pies de Lusiñan ambos

Ner. ¿Yo, vuestro hijo?

Xayra. ¡Padre..!

Lus. No separeis los dulces lazos,
amados hijos mios. ¡Feliz dia!
Abrazadme otra vez. ¡Dios sacrosanto,
que en fin me permitís, que á gozar vuelva
de mi amada familia! Resto claro,
digno heredero mio, ¡qué es posible
que vuelvo á recobrarte! Mas ¿qué pasmo
enmedio de este gozo sobresalta
mi corazon, el gusto acibarando?
Desvanece tú, hija, una sospecha,
que me llena de horror y sobresalto.
¡Oh gran Dios! pues volvermela quisis-
teis,
¿me la volveis cristiana? ¿Sollozando,
de mí apartas la vista? ¿Tú suspiras?
¿Lloras y callas? ¡Ay de mí! Ya alcanzo
mi desdicha y tu infámia.
Xayra. Amado padre...
perdonad... Ya no es fácil ocultarlo:
pero no... Castigadme rigoroso.
Sí... Mahometana soy...
Lus. Vibre sus rayos
contra mi vida el cielo. Hijo querido,
Levántase Xayra.
digno de padre menos desdichado,
compadece mi suerte. Dios eterno,
que estais mis graves penas contemplando,

¡quántas veces en este mismo sitio
por vuestro honor y gloria he peleado!
Á pesar de mi sangre y de mi esfuerzo,
vi demolido vuestro templo santo,
vuestro culto auyentado. En mis prisiones

Alzase Nerestan.

¡quántas veces, mi Dios, con llanto amargo
me oisteis implorar para mis hijos
vuestra piedad! ¡Qué obscuro fué, qué in-
fausto
el dia en que nací para tan graves
sentimientos! Yo soy de tantos daños
la causa, aunque inocente. Mis desgracia
del corazon, ó hija, te ha robado
la fé de tus abuelos. Considera
la sangre real de veinte héroes cristianos
que corre por tus venas, defensores
gloriosos de la fé, que profesamos.
¿Sabes, quién fué tu madre? Pues apenas
cobrada de la angustia de tu parto,
último fruto de su amor y el mio,
asesinar la ví y hacer pedazos
por las manos de aquestos descreidos
á quienes tú te entregas. Tus hermanos,
mártires venturosos, desde el cielo
te dirigen su voz, tu accion culpando.
El Dios clemente, el Dios de las piedades,

á quien haces traicion, crucificado
aquí murió por tí: y aquí, mi diestra
de su culto en defensa peleando,
mi sangre derramé no pocas veces.
Este Dios mismo te habla por mi labio.
Las brechas de esos muros destruidos
por los infieles, son, si lo has notado,
mudas bocas, que acusan tu perfidia;
que te estan mudamente recordando
la fé, que veneraban tus abuelos.
Repara el monte allí, donde el insano
furor de los judios dió la muerte,
el pendon de la vida tremolando,
á quien te redimió de un cautiverio
mucho mas ominoso y mas infausto.
Mira, advierte el sepulcro, en que señales
de su triunfo indelebles estampando
resucitó glorioso. Á qualquier parte
que te vuelvas, darás con el retrato
del Dios que abandonaste, y que severo
reprendiendote está tus desacatos,
tus tibiezas, tu olvido... ¡Mas sollozas!

Arrodillase Xayra.

¿Te agitas? Aunque débiles y flacos
te sostendrán mis brazos, hija amada.

Xayra. Padre... Señor... Ya humilde...

Lus. Dios sagrado.

vuestra benignidad ya reconozco.
Ya en tu rostro, hija mia, y en tu llanto
noto la contricion, que basta, á hacerme
venturoso. Tu pecho ha penetrado
la verdad de los cielos enviada.
Dios mio, socorredme, y pues que hallo
una hija que tuve por perdida,
y de tan duro cautiverio salgo,
completad vuestro don y mi ventura.

Xayra levantándose.

¡Oh Dios! ¡Oh padre! ¡Oh Nerestan!
Tu amparo...

Ner. Ahora, sí, que te miro como á hermana,
soy mas que nunca tuyo.

Abrazándola.

Xayra. Y en tan árduo
caso, ¿qué debo hacer?

Lus. Borrar la afrenta
de todos, ser cristiana confesando.

Xayra. Venturoso precepto. Ser cristiana
pido y deseo.

Lus. De los cielos altos,
donde sólio teneis de serafines,
benigno recibid, Dios soberano,
su confesion y votos. ¡Venturoso
fin de mi larga edad con tal hallazgo!

Sale Corasmin.

Cor. El soldan ha mandado, te retires
de este sitio, señora. Á esos cristianos
despide para siempre. Así lo manda
tu dueño. Tú, francés, sigue mis pasos,
Á Nerestan.
pues debo responder de tu persona
y conducta.
Ner. Obedezco.
Vanse Corasmin y Nerestan.
Chat. Cielo santo
¿qué nuevo golpe viene á confundirnos?
Lus. Amigos, compañeros esforzados,
para ahora es el ánimo constante,
para ahora el valor.
Chat. Prontos estamos,
á todo quanto ordenes.
Xayra. Señor...
Lus. ¿Juras,
hija, tú, si este nombre te es ya grato,
guardar este secreto?
Xayra. Si lo juro.
Lus. Vete pues: que el señor que ha comenzado
á proteger los votos de sus fieles,
él cuidará tambien de completarlos.

ACTO TERCERO.

Salen Orosman y Corasmin.

Orosm. Desecha, Corasmin, esos temores,
Luis no dirige contra mí sus armas.
Fatigado el francés, ya no ambiciona
dominar en regiones apartadas,
ni abandonar sus fértiles provincias
por los secos desiertos de la Arabia.
Y aunque es verdad, que el ancho mar de Siria
doma el gran Luis con poderosa armada,
el terror y el espanto difundiendo
desde la isla de Chipre á toda el Asia,
me consta bien, que todos sus designios
del Egipto á las costas amenazan,
y que sus formidables armamentos
contra los mamelucos se preparan
y Meledin, oculto rival mio.
Además, que ni á Egipto ni á la Francia
temo, despues que sé que mis contrarios
con querellas, que excitan, afianzan

mì trono mas y mas, vertiendo en vano
sangre por tanto tiempo conservada
para mi ruina. Saca de prisiones
esos cautivos: cobren la esperanza
hoy con la libertad, de ver al grande
Luis, que en el mar de Chipre los aguarda.
Sigalos Lusiñan. Vea le entrego
un campeon que por su sangre clara
es su igual, y tambien por el renombre
de su virtud heróica y desgraciada:
al que venció mi padre por dos veces,
haciéndole sufrir triste y amarga
esclavitud, mientras vivió.

Cor. ¿Su nombre,
el valor de un caudillo, cuya espada..?

Orosm. Su espada ni su nombre es ya temible.

Cor. ¿Y si Luis..?

Orosm. Ya no es tiempo de que haga
misterio de esto. Xayra así lo quiere.
Este es su gusto y esto solo basta.
Si entrego á Lusiñan, es por tributo,
que rindo á su belleza. Solo Xayra
reyna en mi corazon. Luis, sus esfuerzos
¿qué pueden suponer? Xayra es quien manda
en mi alvedrio. Á ella es este obsequio:
con él solo pretendo serenarla

del disgusto, que es fuerza la causase
la estrechez y aspereza, que obligaban
á usar con los cristianos, los rumores
del francés armamento: y pues retarda
este accidente el logro de mis dichas,
emplear quiero este tiempo en obsequiarla,
dándola gusto en todo. Si quisiere
hablar con Nerestan, todo se haga
como intente. Dexadlos hablar solos.

Cor. ¿Señor, vos os rendís á tan extrañas
condescendencias?

Orosm. ¿Puede riesgo alguno
haber en esto? De la tierna infancia,
en que fueron cautivos, se han criado
juntos. Yo no comprendo, por qué extrañas
que les permita hablar, por la postrera
vez que han de verse ya. Además ¿que el alma
puede negar á Xayra cosa alguna?
Quien la ama como yo, ¿podrá mirarla
con pena? Del serrallo se atropellen
en su obsequio las leyes inhumanas,
leyes aborrecibles, leyes torpes
que á la virtud el mérito defraudan.
¿Soy descendiente acaso de orientales
tímidos y crueles? Mi crianza,

mi natal me dió Tauris en sus rocas.
El generoso aliento que me inflama,
mi altivez y mi espíritu bien dicen
ser de escitas guerreros mi prosapia.
Veanse Nerestan y Xayra. Tengan
todos parte en mi gusto: que es escasa
una satisfaccion, una alegria,
si el contento comun no la acompaña.
Hablen pues: yo me usurpo estos instantes
ahora de placer. Despues sin tasa
gozaré las delicias, que promete
á mi alma esta union. En esta quadra
deben hablarse. Xayra es ya tu dueño:
á quanto ordene acude, asiste y calla.

Vase.

Cor. ¡Oh fuerza del amor! Pero ya llega
Nerestan.

Sale Nerestan.

Ner. El Soldan...

Cor. Yo te esperaba
de órden suya. Á avisar á Xayra parto.
Al momento vendrá. *Vase.*

Ner. ¿Qué es esto? ¡Quántas
y quán varias ideas combatiendo
están mi corazon! ¡He de dexarla
en esta situacion! ¡Oh padre mio!
¡Oh religion! ¡Oh ley!

Sale Xayra.

Al fin, hermana,
¿Puedo hablarte? ¡En qué triste coyuntura
volvió el cielo á juntarnos! Las desgracias
en tropel nos envisten. Ya no esperes
ver á tu padre mas. La dura parca...
Xayra. ¿Qué dices? ¡Lusiñan..!
Ner. Fué tan violenta
la conmocion que el gozo en sus entrañas
ocasionó al hallarnos, que, embargando
los vitales espíritus, exhala
sus últimos alientos: siendo toda
su congoja y su pena en tan infausta
situacion, el estado de su hija,
tu peligro. Con esto suspiraba,
gemia...
Xayra. ¿Pensar pudo, que á mi sangre
faltase yo? ¿Podré, ya confesada
por mia vuestra ley, tu hermana siendo,
dexarla de seguir? ¿Podré olvidarla?
Ner. ¡Ah, que esa ley no es tuya todavía!
La que es ya luz para nosotros clara,
para tí son crepúsculos sombrios:
pues aun te falta recibir esa agua,
ese baño precioso, que, purgando
de nuestras culpas las obscuras manchas,

nos franquea las puertas del Empireo.
Jura, pues, Xayra, aquí por las desgracias,
que ambos hemos sufrido, por los nombres
de nuestros padres, cuyas justas almas
van á unirse en los cielos, de la augusta
diadena del martirio coronadas,
que deseas, que anhelas, ver impresa
en tí aquella señal, aquella marca,
con que el Señor distingue su rebaño,
y nos une á sí mismo.
Xayra. Lo que mandas
cumplo gustosa. Por el Dios que adoro,
y ansiosa busco ya, de esa sagrada
ley que me anuncias y de sus preceptos,
aunque ignorados, juro la observancia.
¿Mas qué pide esa ley? ¿Á qué me obliga?
Ner. Á detestar esta mansion tirana:
á que sirvas, á que ames, á que adores
el gran Dios que adoró tu estirpe clara,
que nació cerca de estos mismos muros,
que aquí murió por darnos vida y gracia,
que para tu mayor bien me conduce
á este lugar. ¿Mas debo yo en tan altas
materias discurrir, siendo un soldado,
aunque fiel y observante, que no alcanza

la instruccion conveniente? Ya un ministro
de este gran Dios, que para sí te llama,
vendrá á darnos auxîlio, y á traerte
vida en su ciencia, luz en sus palabras.
Une entretanto tú á los juramentos
la intencion: porque de otro modo, Xayra,
en lugar de salud, será anatema
el agua del Bautismo. Mas ¡oh vana
solicitud! ¿Pues quién podrá ayudarnos
en tan torpe mansion, en tan vil casa?
¡Que es posible, que siendo descendiente
de la sangre mas pura y acendrada
de veinte reyes, te hallo reducida,
á servir á Orosman! ¡Tan inmediata
por deudo al grande Luis: hija del noble
Lusiñan, y por fin siendo mi hermana,
te hallo sectaria de un infame rito,
esclava del Soldan! ¿Nos reservabas
este ultrage, esta infamia, este desdoro?

Xayra. ¡Ay de mí, que no sabes aun mis ansias,
mis votos, mis intentos, mis delitos!
Compadecete de esta desgraciada,
que sujeta á un error ya le detesta
con lágrimas ardientes. Soy cristiana,
y ansiosa pido esa agua que me dices
puede curar la dolorosa llaga

del corazon. Verás, no soy indigna
de mi sangre, de tí, de la preclara
série de mis abuelos, de mí misma
y de un padre infeliz... Mas dime: nada
me ocultes ya: ¿la ley de los cristianos
quál viene á ser? ¿Qué pena, dí, señala
á una infeliz, que incierta de su orígen,
padres y religion, que condenada
á perpétua prision y cautiverio,
que libre de él, que puesta en la mas alta
fortuna por la mano generosa
de un infiel, con la suya compensára
tamaños beneficios?

Ner. ¿Tal te atreves
á proferir? ¡Oh qué ignominia! Calla.
La mas violenta muerte...

Xayra. Pues ¿qué dudas?
Hiere, rómpeme el pecho; el hierro baña
en mi sangre.

Ner. ¡Ay de mí! ¡Cómo..! ¿Es posible?

Xayra. Sí: Orosman es mi amante: me idolatra.
Lo confieso: sí, hermano: á desposarme
iba con él ahora...

Ner. ¡Oh torpe infamia!
¡Desposarte con él! ¿Es cierto? ¿Puedes
pronunciarlo? ¡La sangre real, la fama

de Lusiñan tan abatida..!

Xayra. Esgrime
tu acero. Yo le adoro. ¿Qué te empacha?
Al delincuente pecho abre mil puertas,
por donde á un tiempo amor y vida salgan.

Ner. Oprobio de una estirpe esclarecida,
bien te diera la muerte, porque clamas,
si solo en tu ignominia reparase,
en mi ofensa y mi honor: si la ley santa
del Dios que no conoces, no impidiese
el vengativo impulso de mi saña.
Á bañar volaria el limpio acero
en la sangre del bárbaro á quien amas,
y, atravesando veces mil su pecho,
con él mismo despues atravesára
el tuyo y aun el mio; pues, al tiempo
que el grande Luis, dechado de monarcas,
al atónito Nilo hace la guerra,
para aplicar sus vencedoras armas
á la restauracion del gran tesoro
del sepulcro de Cristo, Xayra, Xayra,
sangre suya, de sí tanto se olvida,
que á su enemigo se une. ¿Qué constancia,
qué fortaleza bastará, á ser nuncio
de nueva tan terrible y tan infausta?
¡Oh infeliz Lusiñan, quién te diria,
que tu enemigo mismo es, á quien ama

tu hija, suspirada de tí tanto!
Acaso, acaso en hora tan aciaga
espirando estará; y en sus congojas
dirigirá sus votos y plegarías
al cielo, encomendando la custodia...
¿ De quién? ¡Oh Dios! De una hija tan ingrata.

Xayra. Hermano... amado hermano, calla. Acaso
de tí indigna no soy. Sin justa causa
me lastimas y ofendes: tu lenguage
me es mas horrendo que la muerte. Acaba
mi vida con tu acero: abreme el pecho
mil veces: yo lo pido: ¿en qué reparas?
mas no así me improperes. La ignominia,
á que me consideras tan cercana,
tu espíritu atormenta: bien lo advierto.
Mas ¡Oh quánto mayores son mis ansias!
¡Oh si dentro del pecho en el instante,
que sentí esta pasion, se congelára
la sangre que inflamó, para traerme
tanto pesar! mas tú mismo esta llama
disculparás, quando tranquilo juzgues
mis yerros: quando el cúmulo de gracias
que le debo, exâmines: quando sepas,
ácia mí de Orosman quál era, quánta
la atencion y respeto. En el serrallo

me dió la preferencia: regla y pauta
de su gusto era el mio: por mí sola
humanó su fiereza y su arrogancia:
por mí os dió libertad: dádiva suya
es la dicha de vernos. Mas tu saña,
mi padre, mi pasion, los beneficios
y los remordimientos despedazan
mi corazon: aunque en tan duro trance,
mas que el dolor, mi confusion me mata.

Ner. Al paso que te culpo, me conduelo
de tu engaño. La mano soberana
dél te libertará. La que al mas débil
dá vigor, será apoyo de una planta,
que tierna cedió á recios uracanes:
y Dios no sufrirá, que, dedicada
una vez á su culto, los afectos
que á él le debes, con un escita partas.
El agua del Bautismo el fuego impuro
extinguirá: y al fin serás cristiana,
ó martir morirás. El juramento
que empezaste, concluye. Sella y grava
con él tu fé. Promete á Luis, á Europa,
á tu padre y al Dios que así te llama,
resistir animosa este himeneo;
y que en el punto que tus ojos abra
con su pura doctrina su ministro,
recibirás el agua sacrosanta,

que nos une con él.

Xayra. Yo lo prometo.

Á todo estoy ya pronta y resignada. Corre, cierra los ojos de mi padre, pues vá á morir. Su bendicion recaiga sobre mí. ¡Oh quién pudiera acompañarte! ¡Oh quién con él sus dias acabára!

Vase Nerestan.

Ya estoy sola, mi Dios. ¿Qué será ahora de mí, Señor? Si no me desamparas, yo no te haré traicion. ¡Pero qué digo! ¡Qué lucha tan atroz! ¡Qué cruel batalla de afectos! Socorredme, ó Dios piadoso, en tan duro conflicto. Infeliz Xayra, (¡Duda mortal! ¡Alternativa horrible!) ¿eres tú por ventura, la que aguarda por esposa Orosman, ó eres la ilustre hija de Lúsiñan? ¿La que cristiana está dispuesta á ser, ó la que adora..? ¿Mas cómo..? Religion, promesas, patria y padre amado, satisfechos todos quedareis de esta vez. ¡Oh quánto tarda Fátima! Todo el mundo me abandona. ¡Oh infeliz corazon, quánto es amarga la angustia que te oprime! Dios supremo, Xayra tu sacrosanta ley abraza: pero dispon benigno, que su amante

se aleje de su vista. Esta mañana
¿quién te diria, amado dueño mio,
que tendria yo ahora por desgracia
el encontrarte? ¿Yo que poseida
de mi amor, mayor dicha no anhelaba,
que verte, hablar contigo, oir la tierna
explicacion de tus amante ansias?
¡Mas yo amo todavía! ¡Tal delito
cabe en mi idea, cabe en mis palabras!

Salen Orosman, Corasmin y Fatima.

Orosm. Ya todo pronto está; que no consiente
mas dilacion la generosa llama,
que me enciende. Las teas de himeneo
arden tambien. Con el vapor que exhalan
los aromas, el templo llenan. Oye
el grande Alá mis votos, y la santa
ceremonia preside. El pueblo alegre
ostenta su placer en algazaras.
Hoy todo á tí se rinde. Tus rivales,
en pretender mi afecto, tus esclavas
vendrán á ser, teniendo á suma dicha
servirte, y que te dignes de mandarlas.

Xayra. ¡Qué me sucede! ¡Qué es aquesto!

Orosm. Vamos.

Xayra. ¡Dónde me esconderé!

Orosm. ¡Qué es esto! ¡Callas!

Xayra. Señor...

Orosm. Dame la mano, Xayra bella.
Dignate...

Xayra. ¡Yo, señor! Deidad sagrada,
Dios de mis padres, qué podré decirle?

Orosm. ¡Quánto placer ese rubor me causa!
¡Quánto aumenta mi llama y mi ternura!

Xayra. ¡Oh Dios!

Orosm. ¡Qué conmocion! ¡Cómo me encanta
esa modestia, ese embarazo, digno
objeto de mi amor y mi constancia!
Vamos pues.

Xayra. ¡Ay de mí! ¿Cielos, qué puedo
hacer?

Orosm. ¿Qué dudas pues?

Xayra. Esta alianza
era dicha aun mayor que mis deseos,
grandeza y trono en ella no buscaba.
Mas noble objeto el corazon movia.
La gloria mas sublime y mas colmada
fuera, sola vivir en un desierto
contigo, posponiendo la mas alta
dignidad de la tierra á tus virtudes.
Pero, señor... esos cristianos...

Orosm. Basta.
¡Esos cristianos, dices! ¿Pues que tiene
que ver esa vil gente con mis ansias?

Xayra. Lusiñan... ese anciano venerable
de dolor oprimido ahora se halla
dando fin á su vida y desventuras.

Orosm. ¿Pues qué te importan, Xayra, las desgracias
de un cautivo¿ ¿Por tí no está ya libre?
¿Tú por ventura, dime, eres cristiana?
¿Criada en el serrallo, no abrazaste
mi religion? ¡Posible es, que embaraza
tu destino feliz ese caduco,
á quien su larga edad rinde y acaba!
Esa amable piedad que le dispensas,
yo solo la merezco.

Xayra. Si me amas...

Orosm. ¿Si te amo, preguntas? Te idolatro.
Pide; todo está hecho.

Xayra. Pues, si tanta
es tu bondad, permite se difiera
esta union...

Orosm. ¿Eres tú, Xayra, quien hablas?
¿Tal pronuncias? Mis iras...

Xayra retirándose.

Yo no puedo
tu enojo tolerar.

Orosman deteniéndola.

¿Eres tú, Xayra,
quien tal ha proferido?

Xayra. Es insufrible
para mí tu disgusto. Tu ira y saña
me confunden. Permiteme, que lejos
de tu vista, pues soy tan desgraciada,
vierta mi llanto, exâle mis suspiros,
y que lamente el fin que me amenaza.
Vase.

Orosm. Inmovil he quedado. No es posible
trasladar á la voz la furia y rabia
de mi ofendido pecho. ¿Habló conmigo?
¿Entendí por ventura sus palabras?
¿Estoy ciego? ¿Soy yo, de quien vá huyendo?
¿Soy...? Corasmin, amigo, ¿qué mudanza
tan repentina es esta? ¿Yo tal sufro?
¿soy yo Orosman?

Cor. Señor, quando eres causa
de la amorosa agitacion, que has visto,
¿tan fino amor con tanto agravio pagas?

Orosm. ¿Pues qué indica aquel llanto, aquel desvío,
aquel dolor, aquel silencio, que habla
tan enérgicamente en su semblante?
¿Si aquel francés...? ¡Mas zelos! ¡oh tirana
pasion, que así me agitas! ¡Qué imprudente

anduve en resistir desconfianzas
tan justas! ¿Pero un bárbaro, un esclavo
por ventura tener podrá la audacia..?
¡Ay, Corasmin! ¿Mas yo á un cristiano temo?
¿Posible es, que Orosman así se abata?
Dime tú, amigo, dí lo que entendiste
de lance tan fatal. Tú que observabas
tranquilo su semblante, sus acciones:
¿qué piensas? Dí ¿hay traicion? ¿Tiemblas? ¿Recatas
contextar? Harto dices.

Cor. Señor, temo...

Orosm. ¿Qué temes, dí?

Cor. Es verdad, que consternada
y llorosa...

Orosm. ¿Qué dices?

Cor. Que no he visto
señal que pueda darte susto.

Orosm. Acaba,
Eso sí, amigo. Xayra no me ofende.
Xayra me es fiel. Mi noble confianza
engañára ocultando sus disgustos,
si ella pérfida fuese. Nadie en Xayra
sospeche dolo. ¿Pero los suspiros
de aquel frances...? ¿Su llanto...? Importa nada.

¿Pues qué han de ser de amor precisamente?
Además, de un esclavo, que mañana
ha de ausentarse para siempre de ella,
¿qué habrá que recelar?
Cor. ¿Pues qué no mandas
á pesar de las leyes del serrallo,
no se le impida, si volviese á hablarla?
Orosm ¡Hablar! ¿Quién? ¿El traidor? Sí la hablaria:
mas por bocas que á fieras puñaladas
yo en su vil pecho abriera: y por las quales
vertiendo su vil sangre, se mezclára
con la pérfida sangre de su amante.
¡Ay, Corasmin, qué furias me arrebatan!
Disculpa un corazon impetuoso,
que ofenden zelos, y que amor abrasa.
Por una parte al justo sentimiento
de la ofensa mi cólera se exâlta;
y por otra mi amor á mil bajezas,
de mí indignas, me obliga á que me abata.
No sospecho de Xayra. No ha nacido
Xayra para traiciones. Disculparla
me oirás eternamente. Mas no esperes,
que en adelante en la indecencia caiga,
de tolerar desdenes y caprichos,

sufrir inconsecuencias é inconstancias,
quejarme, mendigar satisfacciones,
y (lo que aun es mas indecente) darlas.
¡Qué indignidad! Forzoso es que recobre
mi perdido alvedrio. Ya de Xayra
hasta olvidar el nombre estoy resuelto.
Cierrense para siempre estas estancias.
En sus umbrales el terror resida.
Todo anuncie el pesar, todo la infausta
esclavitud. Sigamos de los reyes
de Oriente las costumbres observadas
con tanta religion, hasta aquel punto
que por mi mal las violé Á una esclava
bastela, que, depuesta la fiereza,
la volvamos tal vez una mirada
mas tierna ó menos grave. Es injurioso
al carácter del hombre contemplarlas.
Practique en hora buena tal bajeza
el europeo. El sexô que amenaza,
con su blandura avasallar al mundo,
mande en Europa, y obedezca en Asia.

✻✻✻✻✻✻✻✻✻✻✻✻✻✻✻✻✻✻✻✻✻✻✻

ACTO QUARTO.

Salen Xayra y Fatima.

Fat. Xayra, si tu afliccion me compadece,
me admira tu virtud. Dios que te inspira
esa resolucion, te dará esfuerzo,
para que el lazo criminal dividas,
que te comprime tan violentamente.
Xayra. ¿Qué puedes prometerte, que consiga
hacer tal sacrificio?
Fat. Si de veras
los divinos auxîlios solicitas,
¿dudas tú, que Dios tome tu alma docil
bajo su amparo?
Xayra. Hoy mas que nunca, amiga,
su apoyo y su asistencia necesito.
Fat. Pues no creas te falte. En su familia
te admitirá: te adoptará igualmente
por hija suya, si es que determina,
que vivas separada de los tuyos.
Con amorosas voces y caricias
te hablará al corazon; y quando sea

imposible, que aquí entre, y que te asista
su ministro...

Xayra. ¡Ay de mí! ¡Qué confusiones
tan horribles! ¡Que puedo ser yo misma
la causa del despecho y de la muerte
de mi amante! ¡Qué afrenta! ¡Quán indigna
accion! Mas tú, mi Dios, así lo quieres.

Fat. ¿Qué sientes, dí, salir de esta ignominia?
¿Quieres poner en riesgo la victoria,
despues de una batalla tan reñida?

Xayra. ¡Oh qué infeliz victoria, que inhumana!
Mas mi padre, mi fé comprometida...
Á tí, ó mi Dios, ofrezco estas crueles
angustias que mi alma martirizan.
Á tí, exclamo, Señor. Para olvidarle,
dame auxîlios. Tal, Fatima querida,
es mi voz, tal mi anhelo. Pero al punto
la imagen de Orosman, que está á mi vista
siempre, que en mi alma retratada vive,
corta mi voz, y á enmudecer me obliga.
En fin, linage augusto, sangre régia,
padre, hermano, cristianos, con mi vida
voy yo á satisfaceros. Tú, Dios mio,
que de bien tanto en Orosman me privas,
pues suyos no han de ser, ni ha de gozarlos,

el término apresura de mis dias.
Haz que inocente muera; mas permite,
que, pues mis ojos con los suyos vian
solamente, sus manos generosas
los vengan á cerrar. ¡Oh qué fatigas,
qué agitaciones siento! ¿Qué hará ahora
mi Orosman? Ni pregunta, ni se cuida,
si vive ó muere la infelice Xayra.
No le acuses, injusta fantasía.
¡Oh que ya me ha olvidado! ¿Y es posible
que Xayra á su abandono sobreviva?

Fat. ¿Qué es esto? ¿Quando á Dios has abrazado,
por quien es su enemigo así suspiras?

Xayra. ¡Mi amante su enemigo! ¿Por qué causa?
¿en su alma noble, Fatima, no brillan
mil virtudes que Dios le ha dispensado?
¿Su corazon magnánimo, que abriga
generoso, sincero, compasivo,
benéfico y humano gracias dignas
de la mano de Dios, puede ofenderle?
Siendo cristiano, dí, qué mas seria?
¡Oh si viniese aquel ministro, en vano
de mí esperado! Mi alma sumergida
en tanta confusion ¡quánto le anhela,
Fatima amada! Pero ¿no podria

yo esperar, que este Dios, de quien tú tanto
la piedad y clemencia preconizas,
tolerase esta union? ¿No perdonára,
si en el fondo del alma yo rendida
le adorase, este amor, esta invencible
poderosa pasion? ¿Si de la Siria
el trono yo ocupase, no pudiera
de mi servirse, para que algun dia
mi amparo y proteccion fuese el alivio
de los cristianos que hay en Palestina?
El fuerte Saladino, que este imperio
arrebató al gran Guido, y todavia
admira al mundo por su gran clemencia,
¿no fué hijo de cristiana?

Fat. Tú deliras.
La pasion te disculpa.

Xayra. Bien advierto
mi demencia. Bien veo que es precisa
mi muerte: que es absurdo quanto pienso:
que mi sangre, mi patria, que yo misma
me culpo: que soy hija del ilustre
Lusiñan: que desdoro gerarquía
tan alta: que á Orosman estoy amando:
que mis alientos, que mi triste vida
dependen de la suya. Mas ¿no fuera
mejor, que yo á sus plantas mis fatigas

le declarase, y que..?

Fat. ¡Tal dices, Xayra!

¿No ves, que de ese modo se perdia
tu hermano, que arruinabas los cristianos
con esa confesion, y que tú hacias
torpe traicion al Dios, que á sí te llama?

Xayra. Mal conoces la noble bizarría
del pecho de Orosman.

Fat. De un rito impio
tu amante es protector. Quanto mas viva
su llama sea, tanto mas temible
será su enojo, al ver, que te desvian
del suyo, y te persuaden á que abraces,
el que él detesta mas, mas abomina.
Mas ¡oh si aquel ministro...!

Xayra. En hora buena
le esperemos. ¡Mas cómo tal perfidia
cometo! ¡Yo á Orosman engañar puedo!
¡Yo así me hago de su amor indigna!

Vase Fatima, y salen Orosman y Corasmin.

Orosm. Si en algun tiempo mi alma generosa
de un linsogero encanto seducida,
adorar tus prisiones y tus gracias,
consideró virtud, tuvo por dicha:
fué, Xayra por creer, que fuese amado,
como debiera serlo el que rendia

á tus plantas su amor y su grandeza.
Mas ya los cielos, tu conducta misma
en mi acuerdo me vuelven. No, no esperes
oir, si por ventura lo imaginas,
de mi debilidad ó de mis zelos
testimonios en quejas abatidas.
Mi clara ofensa no renuncie solo
ya estos recursos: borre esta ignominia
mayor resolucion. En adelante
con la indolencia miraré mas tibia
tus caprichos. ¿Te admiras? No prepares
engaños ni razones fementidas,
que tal vez mi discurso alucinaron
con su artificio. No solo te olvida
ya tu amante; sino que ni aun su oprobio
siente, aunque tus engaños averigua.
Ocupe otra el dosel, que destinaba
á tí mi amor, que sabia y advertida
estime, en lo que debe, mi fineza.
Borrar de un corazon, que te queria
como el mio, tu imagen es dificil:
mas resuelto una vez, verás tú misma,
que soy capaz de todo: que olvidarte
solicito: que ausente de tu vista,
antepongo el morir á los desaires,
con que deprimes mi ambicion altiva,

y á oir, que exhalas el menor suspiro,
que á mí y á mi pasion no se dirija.
Vete ya para siempre.

Xayra aparte.

¿Tú, Dios mio,
tú, que mi pena ves, así me privas
de lo que mas he amado, y reynar solo
quieres en mi alma? ¿En fin, que tú me
olvidas?

á Orosman.

¿Es cierto? ¿Puedo creerlo?

Orosm. No lo dudes.
Leyes del pundonor: ya te desvia
de sí Orosman, si te adoró algun tiempo.
Tú lo deseas; y otra... ¿Mas suspiras?
¿Lloras, Xayra? ¡Ay de mí!

Xayra. No, no presumas,
que es mi llanto, por verme ya excluida
del sólio de un Soldan. Sé, que es preciso
perderte, pues lo quiere mi desdicha.
Mi llanto y mi dolor tienen orígen
mas noble. Mal conoces todavia
mi corazon. El cielo me confunda,
el cielo que conmigo asi se irrita,
si apetecí jamás otra fortuna,
que poseer el tuyo.

Orosm. ¡Es fantasía!

¡Tú me amas!

Xayra ¡Si te amo, me preguntas!
¡Ay infeliz!

Orosm. ¡Qué oigo? Pues, si abrigas
en tu pecho la llama que en el mio
arde igualmente, ¿cómo martirizas
al amante mas fino que vió el mundo?
¡Ay, Orosman, que mal te conocias!
¿Son estos tus propósitos? ¿Son estos
tus esfuerzos? Así, Orosman, dominas
tu corazon? ¡Oh amor! Oh Xayra amada,
triunfa otra vez. El cielo no permita,
que Orosman te abandone. ¿Yo mi trono,
yo entregar el imperio de la Siria
á otra? ¿Yo mi amor..? ¡Ay de mí! Nunca
tal idea formé. Despechos é iras
me hicieron afectar unos desvíos,
que ves tan desmentidos, Xayra mia.
El único será, el postrer disgusto
que de mí experimentes. Mi rendida
pasion, mi ardiente fé serán fianza
de mi constancia eterna. Mas, si imitas
tú mi amor y fineza, ¿por qué quieres,
del bien avara diferir tus dichas?
¿Es acaso capricho? ¿Es el respeto,
que se debe á un Soldan? ¿Son arterias,
para hacer mas preciosa tu fineza?

Escúsalas; que no las necesitas.
El arte y la ficcion mas inocentes
cierta especie de engaño simbolizan,
que yo siempre ignoré. Un amor sincéro,
mi noble corazon...

Xayra. No así comprimas
el mio con tu duda. Yo te adoro:
yo te idolatro, y esta llama activa
es para mí el extremo de los males.

Orosm. ¡Males! ¡Oh cielos! ¡Qué oigo! Acaba, explica
tu sentimiento. Advierte, que el recato
dobla mi confusion.

Xayra. ¡Suerte enemiga!
¡Que sea fuerza callar! ¡Oh juramentos!

Orosm. ¿Qué secreto? ¿Qué horrenda alevosía
me recatas? ¿Acaso los cristianos
traman traicion y contra mí conspiran?

Xayra. ¿Y quién, Señor, hacertela pudiera?
Si eso fuese posible, me verias
correr ansiosa, á interponer mi pecho
entre el tuyo y las puntas homicidas.
Nadie te hace traicion: yo solamente...
Yo de tu compasion sola soy digna.

Orosm. ¡Compasion! ¡Tú, mi bien!

Xayra arrodillándose.

Yo, yo á tus plantas

te suplico...

Orosman alzándola.

¿Qué? Pideme la vida.
¿Qué dudas pues?

Xayra. ¡Yo vida, que quisiera
eternizar á costa de la mia?
¡Vida que adoro! ¡Vida con que vivo!

Orosm. ¿Pues qué pretendes, dí?

Xayra. Que me permitas,
pues te ofende esta pena insuperable
á mis esfuerzos, este solo dia
pasar sin verte. Acaso en mi retiro,
templará el desahogo estas fatigas.
Mañana, yo lo ofrezco, mis seceretos
todos sabrás.

Orosm. Posible es, que eso pidas?
¿Sueño? ¿Es cierto lo que oigo? ¿Tal pronuncias?

Xayra. Si el amor intercede todavía
á mi favor, concedeme esta gracia,
para mí tambien dura.

Orosm. Concedida
la tienes. ¿Qué podrá mi amor negarte?
¿Pretendes, Xayra, mas? ¿No te retiras?
Vete, pues tú lo quieres: mas no olvides
que por tu gusto mi alma sacrifica
los mas dulces instantes.

Xayra. Tus palabras
el pecho me traspasan. ¡Fuerza iniqua
de mi destino! Á Dios.

Orosm. ¿Qué en fin me dexas?

Xayra. ¡Ay, Orosman, y quán á costa mia.

Vase.

Orosm. ¿Qué indica este retiro? ¿Qué misterio
es este, Corasmin? Menos se atina,
mientras mas me fatigo, en descubrirle,
el orígen de sus melancolías.
¿Quándo mi amor la eleva al trono excelso,
donde el fausto reside y la alegria;
quando la compañía de un amante
tan tierno de dulzuras y delicias
deberia colmarla, sus hermosos
ojos, en que el amor se hospeda, eclipsan
lágrimas y afliccion? ¡Qué es esto, cielos!
¿No es desprecio? Mas, ¡oh cómo se excita
mi furor sin motivo! ¡Oh quán injusto
es mi enojo, siendo ella la ofendida!
¿De qué puedes quejarte? ¿No te ama?
¿No lo asegura Xayra? ¿No lo afirma?
¿Qué mas pretendes, Orosman? La injuria
que mis sospechas bárbaras la hacian,
mi deferencia satisfaga. Aquella
compostura no cabe en quien maquina
traiciones. La menor desconfianza

agravio enorme fuera. ¿No leias
su pasion en sus ojos y semblante?
¿En sus labios la voz de las caricias
no dió mil testimonios de fineza,
aunque mas el recato la encubria?
¿y en fin, hay corazon tan alevoso,
que sin tener amor, así le finja?

Sale Meledor con un billete.

Mel. Señor, este villete dirigido
á Xayra; y que tu guardia...

Orosm. ¿Quién traia
ese papel? ¿Qué dices? Venga: acaba.

Toma el billete.

Mel. Uno de esos cristianos, que tú libras
de esclavitud, queria introducirle.

Orosman abriéndole.

¿Qué voy á leer? ¿Qué contendrá? Indecisa
se turba el alma. Vete tú.

Vase Meledor.

Cor. Los sustos,
las dudas, las sospechas con que lidias
calmará ese papel.

Orosm. En fin leamos.
La mano tiembla: el corazon palpita:
y aquí estar la sentencia de mi muerte
parece, ¡ay Corasmin! que pronostican.
Mas leamos: *Supuesto que ya es tiempo*

de vernos, inmediata á la mezquita,
hay, Xayra, una salida, por no usada,
desconocida ya; sin que seas vista,
á cumplir tus deseos, venir puedes
por ella; el riesgo y la ocasion nos instan:
bien conoces mi zelo, y que mi muerte
cierta será si tu promesa olvidas.
¡Qué dices, Corasmin!
Cor. Que estoy pasmado,
al contemplar falacias tan iniquas.
Orosm. Mira, cómo me tratan.
Cor. ¡Oh exêcrable
traicion! ¡Y qué, podrán sufrir tus iras
tal afrenta! ¡Podrás quándo otras veces
el recelo menor te enfurecia,
disimular ahora! Ya no dudo,
que este amor que tus prendas amancilla,
accion tan vil arroje de tu pecho.
Orosm. Corre, vé al punto, vuela. Tú en su misma
mano pon el papel: él la convenza
de su maldad: y al punto á repetidas
puñaladas, perezca esa perjura.
Parte. Mas no, no, amigo: no prosigas.
Detente, espera: ya no vayas: venga
á su presencia aquel cristiano... ¡Oh indigna
pasion! Pero no venga, no. La rabia

el alma abrasa y mis potencias vicía.
Cor. ¡Quién jamás ha sufrido tal ultrage!
Orosm. Ya vengo á descubrir por mi desdicha
aquel secreto, aquel secreto horrible,
que en su pérfido pecho no cabia.
Ostentando un rubor supuesto, quiso
la permitiese, ausente de mi vista
estar por algun tiempo. Yo, yo propio
al logro cooperé de su perfidia.
salió llorando, y fué para perderme.
¡Oh Xayra, oh Xayra infiel!
Cor. Todo conspira,
á agravar su delito. No mas sea
víctima tu bondad de su malicia.
Orosm. ¿Es este el Nerestan, es este el héroe,
que por sus raras prendas preconizan
los cristianos? ¿Aquel, cuyo orgulloso
fausto aparente de virtud admira
la gran Jerusalen, á quien yo un tiempo
incitado tambien de noble envidia,
de que alguno pudiese competirme,
miré con atencion? Su hipocresía
pagará con las penas mas atroces.
Pero de Xayra la traicion me irrita
mucho mas. ¡Una esclava que yo pude
dexar en la miseria! ¡Una abatida
esclava..! Bien lo sabes. ¿Pero quando

la iniquidad correspondió mas fina?

Cor. ¿Si quisieras, Señor..?

Orosm. Quiero, que luego
venga aquí. Meledor... *en voz alta.*

Sale Meledor.

Mel. Señor...

Orosm. Avisa
á Xayra. Venga luego. *vase Meledor.*

Cor. Y quando llegue,
¿qué hacer podrás, ó qué podrás decirla?

Orosm. No lo sé, Corasmin: mas quiero verla.

Cor. Con la perturbacion que te domina,
prorrumpirás en quejas y amenazas.
Harás que llore, el llanto en sus mexillas
abogado será, que la defienda
de tus cargos. Tu amor, tu pasion misma,
no dudes, la darán irresistibles
armas, con que rebata la justicia
de tu queja. Verás triunfar su engaño.
Tú mismo, tú querrás, que sea vencida
tu razon, aunque clara. Será fuerza,
que tú la satisfagas, y... Si es digna
mi fe de aconsejarte, ese villete,
sin que ella, que le has visto tú, perciba,
llegue á la suya por tercera mano.
De este modo, á pesar de la mas fina
simulacion, descubrirás los fraudes,

que en su engañoso pecho se maquinan.

Orosm. ¿Pues qué tienes á Xayra por traidora?
Mas sealo en buen hora. Ya perdida
la quietud de mi alma, tentar quiero
la suerte en esta prueba, que me dicta
mi ira ó mi amor. Veamos, donde llega
de una astuta muger la alevosía.

Cor. Temo, que si la ves...

Orosm. Nada receles.
No temas, que la imite en sus mentiras:
mas sabré reprimirme, porque tengo
firmeza aun y altivez. Ya que me humillan
al estado infeliz, de que me inquiete
un vil rival, verán .. Luego se elija
por tí un esclavo de los mas expertos,
que la dé este papel, en que se cifra
su muerte, la del vil que le ha dictado
y la mia tambien. Hablarla, oirla,
quiero entretanto.. Corre pues. ¡Oh Xayra

Vase Corasmin.

á quánta humillacion me precipitas!
¡Mas, oh cielos, no es ella la que llega!

Sale Xayra.

Xayra. Tiemblo al veros, Señor. ¿Qué repentina
causa os mueve á llamarme?

Orosm. Oye. Ya es fuerza,

que por tí vuelvas, y una verdad digas,
si eres de ella capaz. Mira, que importa
mas que piensas. Yo veo, que á porfia
haciéndonos estamos infelices.
Bajeza es tolerar ya mas. Decida
tu voz la suerte de ambos. Yo concibo,
que quanto hago por tí; que el ver rendidas
á tus plantas mi gloria y mi diadema;
que las solicitudes, las caricias,
finezas, beneficios, confianzas
que te dispensa tu Señor, no excitan
en tí mas que un afecto, que amor juzgas,
y es solo gratitud, si lo exâminas.
De desplegar, ya es tiempo, los dobleces
de tu pecho. Exâminale tú misma,
y responde á tu dueño ó á tu amante
con aquella verdad que le es debida.
Si es que otro amor, otro violento afecto
mas dichoso que el mio predomina
tu voluntad, confiesalo, no dudes.
Yo quiero perdonarte. Sacrifica
á mi fe el insolente que disputa
á Orosman tu cariño. Todavia
te escucho y miro, Xayra, con deseos,
de que vuelvas por tí. Templar mis iras,
te es facil. Aprovecha este momento,
que aun da lugar á la clemencia mia.

Xayra. ¡Clemencia! ¡Tú te atreves, inhumano,
así á insultarme! El alma que lastimas
tan injuriosa como injustamente,
si conservase llamas menos vivas,
que aquellas en que siempre se ha abrasado
por tí, ó cruel, mi amor detestaria:
abominára la pasion heróica
que por tí concibió: juzgára indigna
mi inclinacion. Á ella sola debes,
no á tí, ingrato, que Xayra así ofendida
se humille, á sincerarse con el mismo,
que mas la debe y mas la desobliga.
Yo no sé, si la suerte que me ultraja
de este modo, por dueño de mi vida
te destinó; pero protesto y juro
por el honor que en este pecho brilla,
no menos que el amor, que aunque tuviese
el alvedrio que me tiraniza
la pasion con que te amo, despreciára
del orbe la mayor soberanía,
con el obsequio del mayor manorca
en competencia tuya. ¿Necesitas
mayores pruebas? ¿Quieres, que mi alma
se patentice mas? Pues á mi vista
todo se representa aborrecible,
sino Orosman. Disculpa no tenia
esta activa pasion, que te confieso,

en tus solicitudes y caricias,
quando yo ya te amaba. ¿Qué lo dudas?
Sí: te amaba, y aun no me conocias.
Todos tus beneficios y finezas,
despues de amarte fueron. ¿Solicitas
aun mas satisfaccion? Nunca otro afecto
tuve, ni tengo, ni tendré. Las iras
del alto cielo, á quien ofendo acaso
con una fe tan mal correspondida,
por tí, ingrato, merezco solamente.
¿Dudas de mi fineza todavía?

Orosm. ¡Aun quiere persuadirme, que me adora!
¡Qué exceso de maldad! ¡Qué felonía!
¡Sus engaños sostiene, quando tengo
tantas pruebas..!

Xayra. ¿Qué dices? ¿Qué vacilas?
¿Qué sobresalto es éste? ¿No respondes?

Orosm. Nada me sobresalta, ni me agita.
¿Tú me amas?

Xayra. ¡Con ese feroz tono
respondes, á quien da pruebas tan finas,
de adorarte! ¡De horror así me llenas,
quando mi corazon te pantetiza
la llama fiel, en que se está abrasando!
¡Con ojos, que el furor enciende, miras
á quien te habla de amor! ¡Dudas ahora!
¡De fe tan acendrada desconfias!

Orosm. Nada dudo. Retirate.

Xayra. ¡Qué oigo!

¡Tú me apartas de tí! ¿Tú me retiras?

Orosm. ¿Qué esperas?

Xayra. Ya obedezco; pues tu enojo.

mas que la misma muerte me horroriza. *V.*

Orosm. ¡Qué á tal extremo lleguen sus engaños!

Corasmin. *en voz alta.*

Sale Corasmin.

Cor. ¿Qué me ordenas?

Orosm. Su malicia

enmedio de la culpa ha sostenido

la impostura y traicion. Ya prevenida

la astucia del esclavo considero

por tí para esta prueba. En ella estriva

descubrir sus delitos y mi agravio.

Cor. Todo está pronto. ¡Pero tú suspiras,

por quien así te ofende! De ese modo

dudo, logres la empresa, que meditas

en tu venganza; y aun lograda, temo,

te arrepientas despues y...

Orosm. No prosigas,

Ay, Corasmin amigo, yo la adoro

mas que nunca.

Cor. ¡Señor..!

Orosm. Sí: aun se divisa

alguna debil sombra de esperanza,

único apoyo de esta triste vida.
¿Ese cristiano, aborrecible jóven,
lleno de presuncion y altanería,
impaciente y ligero, no ha podido
creer lo que desea? Inadvertida
su pasion no podrá haberle alentado
á una declaracion intempestiva?
¿Para ofuscar sus ojos y su mente,
no es bastante de Xayra la mas tibia
mirada? ¿No ha podido él persuadirse,
que le amaban, y ser su demasía
la que solo me ofende? ¿Con qué pruebas
que estén los dos de acuerdo? La divina
Xayra, la amable Xayra no ha leido
todavia el papel. ¿Qué no podria
haberla yo creido facilmente
culpada? Corasmin, quando las frias
sombras su negro velo á los delitos
bajen á dar, al punto que percibas,
que Nerestan se acerca á dar al suyo
principio, que la guardia prevenida
le asegure, dispon. En un cadahalso
muera luego... Pero antes á mi vista
le conduzcan cargado de cadenas.
Xayra en la libertad misma subsista.
Nadie, nadie á ofenderla se desmande.
Infeliz el que tenga la osadía,

de causarla el mas leve sentimiento.
Ya adviertes, Corasmin, la peregrina
nobleza de mi amor. Ya ves la ardiente
pasion, que aun á pesar de mi ignominia
la conservo. Ya has visto mis ofensas.
Bien conoces las ansias, con que lidia
mi corazon. Las penas, los disgustos
que el lastimado pecho martirizan.
Bien lo sabes. Mas ay de los traidores,
si Orosman sus sospechas averigua.

****

ACTO QUINTO.

Salen Orosman, Corasmin y un esclavo con un billete en la mano.

Orosman al esclavo.

Ya está avisada, y va á salir al punto.
Mira bien, que en tus manos tiene puesta
su suerte tu señor. Dala esa carta
de aquel cristiano aleve. Considera
su semblante, sus ojos, sus acciones,
y vuelve, á darme luego al punto cuenta,
y á informarme de todo. Mas ya sale.

Haz tú tu encargo. Tú sigue mis huellas.

Á Corasmin.

Vanse Orosman y Corasmin, y salen Xayra y Fátima.

Xayra. ¿Quién será el que me busca? ¿Quién permiso
tendrá de hablarme, quando estan las puertas
todas cerradas? ¿Si será mi hermano?
Si el Dios, á quien adoro, le franquea
la entrada por mi bien. ¡Pero qué esclavo
desconocido es este!

Esc. Nada temas,
señora. Este papel, que se me encarga,
entregarte en secreto, será prueba
de mi fidelidad.

Da la carta á Xayra, quien la abre y lee.

Fat. O Dios piadoso,
haz que tu gracia y tu favor desciendan
á este profano sitio. Del dominio
del bárbaro Orosman salva y liberta
mi princesa infeliz.

Xayra á Fátima.

Tengo que hablarte.
Tú, esclavo, sal, y á que te llame espera.

Vase el Esclavo.

Fatima, lee esa carta.

Lee Fátima.

Dí, ¿qué debo
hacer ahora? Obedecer quisiera
de mi hermano las órdenes.
Fat. Dirias,
Xayra, mejor, las órdenes eternas
del gran Dios, que dispone conducirte
á sus altares. No, no, como piensas,
es Nerestan. Dios es el que te llama.
X. Bien lo sé. Á sus preceptos mi obediencia
responderá sumisa. El juramento
cumpliré. Pero el riesgo me amedrenta
de mi hermano y el mio, el de los nobles
caballeros...
Fat. Ay, Xayra, que no es esa
la causa del temor que te comprime.
Tu amor, tu confusion hacen, que temas.
Yo conozco tu espíriru. Á los riesgos
mayores te expondrias, si no fuera
por la pasion que te acobarda. Advierte
tu error. Lo que tú temes y recelas
es disgustar á quien así te ultraja.
¿El alma atroz de un Tártaro, encubierta
mal aun en sus caricias, no te asusta?
¿Esa tigre feroz, que aun quando afecta,
que te adora, parece que amenaza,
no te llena de horror? ¿Porque le dexas,
suspiras? ¿Gimes?

Xayra. ¡Oh! ¿Pues qué motivo
me ha dado él, de que yo quejarme pueda?
Yo sí, que le he ofendido. Yo engañosa
sus deseos burlé. De su fineza
abusé, con fingir, que deseaba,
lo que á negarle estaba ya resuelta.
El aparato, el templo, el trono, todo
anunciaba, ay de mí, de la union nuestra
próxîmo el acto. El mismo ya venia
á conducirme, y yo, quando debiera
temblar á su presencia, tuve aliento
para engañar sus ansias. La violencia
de sus deseos sometió á mi gusto,
difiriendo este enlace. Quantas pruebas
pudiera desear, tantas me ha dado
de su tierna pasion, y...

Fat. ¡Ahora celebras
las prendas de tu amante! ¡En tal conflicto
distraes el pensamiento á tal materia!

Xayra. Ay, Fátima, que todo conspirando
está á mi ruina. Todo me presenta
motivos de despecho. Bien conozco,
que yo me labro una prision perpetua,
admitiendo á Orosman. Por otra parte,
el ver la patria de mi estirpe regia,
mis deseos excita, y me estimula,
á abandonar esta mansion funesta.

Mas luego, desmintiéndome á mi misma,
hago secretos votos, porque de ella
jamás me saquen. ¡Oh qué estado el mio!
¡Oh qué afliccion! ¡Mi alma siempre inquieta
ignora, lo que quiere ó hacer debe,
y solamente con la duda encuentra,
con el terror y con el sobresalto,
infelices presagios de mas penas.
Tú, ó mi Dios, agüeros tan horribles
de mi aparta. Desde esa sempiterna
silla que ocupas, cuida de mi hermano,
cuida de los cristianos y conserva
mi consuelo en su vida. Verle ahora
es forzoso: mas luego que esté fuera
de la ciudad y libre de peligros,
á Orosman buscaré. Le daré cuenta
de este secreto, de la ley que sigo.
Verá en mi corazon la mas sincera
fidelidad. Yo espero qne se apiade
de Xayra: y quando no, ya estoy resuelta
á sufrir los suplicios mas atroces
por esta ley. Verás no degenera
Xayra de su prosapia. Al punto, amiga,
vé, busca á Nerestan: y dí, que venga
aqui al esclavo. Dios de mis abuelos,

Vase Fátima.

de mi padre y mi patria, con tu diestra

guiame é ilumina con tus luces
mi alma, que á tu amparo se encomienda.

Sale el Esclavo.

Esc. Señora.

Xayra. Pues ya Fátima al cristiano
aguardando estará, tú, á que yo vuelva
espera aquí. Con mil temores lucho. *Vase.*

Esc. ¡Xayra infeliz, tu perdicion se acerca!

Salen Orosman y Corasmin.

Orosm. ¡Con quánta lentitud para mi furia
corren estos instantes! ¿Qué respuesta
te ha dado? ¿Qué te dixo? *al Esclavo.*

Esc. Señor, nadie
sintió jamas consternacion tan recia.
Perdió el color; se estremeció: sus ojos
se bañaron en lágrimas. Me ordena
retirar, y despues de un breve rato
llamándome, me afirma, está resuelta
á esperar á su amante.

Orosm. Calla, calla.
Vete: de mi te aparta. ¡Oh ansias fieras!

Vase el Esclavo.

Horror me causan todos los mortales.
Dexadme en el furor que me enagena.

Corasmin va retirándose.

Todo ya me es odioso: tierra, cielo,
vida, y aun yo á mí mismo. ¡Oh qué violenta,

qué horrible situacion! ¿Mas cómo.? ¿Dónde
huiré? ¡Soy yo Orosman! ¡Mi pasion ciega
en quién he colocado! ¡Ah Xayra, ah Xayra
¡Ah Nerestan! La vida ya detesta
Orosman. Sí, traidores: dadle muerte,
pues le cansa el vivir. Mas tú no creas,
infiel Xayra, gozar... Corasmin... ¡cielos!
¿Tú tambien me abandonas? ¿Tú me dexas?
¿Viene ya ese malvado?

Cor. Todavia
nadie parece.

Orosm. ¡Oh noche, cómo prestas
tu velo á iniquidades semejantes!
¡Que tal maldad, tal sinrazon protejas!
¡Xayra la aleve, la perjura Xayra,
despues de tan indigna recompensa
como da á mis finezas y desvelos,
tranquila ha de gozar.! ¡Oh amor, oh ofensas!
¡Yo que mirára con serenos ojos
la ruina de mi imperio: que tuviera
por dulce la prision mas horrorosa
á trueque de su amor! (¡oh indigna, oh negra
retribucion!) tal paga experimento
de la que así adoré!

Cor. Señor, modera
tu pesar.

Orosm. Corasmin, nada me digas.

Esto ha de ser: sí, amigo.

Cor. ¿Pues qué intentas?

¿Qué pretendes?

Orosm. Escucha. ¿No has oido

allí rumor?

Cor. Señor...

Orosm. Todo me altera.

Á todo me estremezco. Ya, ya viene.

Cor. Señor, yo nada siento. En la mas quieta
inaccion sumergido está el serrallo.
Todos duermen.

Orosm. No todos, pues que vela
el delito de aquellos, que se atreven
á exceso tan enorme. ¿Quién creyera
tal maldad? ¡Qué mal, Xayra, conocias
mi noble corazon y mi fineza!
Una sola caricia era bastante,
á hacerme venturoso. Solo de ella
dependia mi dicha. ¿Mas qué digo?
¿Yo así siento? ¡Oh cruel, oh injusta, oh fiera!

Cor. ¿Señor, tú lloras? ¡Cielos! ya no hay cosa
que no espere.

Orosm. Las lágrimas primeras
son estas, que han salido de mis ojos.
Ya ves, ó Corasmin, á qué vergüenza
me han hecho descender: pero este llanto,
verás quánto es terrible. Sí: á esta tierna

comocion seguirán los mas atroces
desastres. ¡Oh infeliz Xayra, oh belleza
nacida para males, y oh no menos
infeliz Orosman! Ya la hora llega,
de que este llanto, precursor de muertes,
en sangre derramada se convierta.

Cor. ¿Señor, qué dices? De terror me cubre
ese lenguage.

Orosm. Tiembla, amigo, tiembla
de mi amor, de mi agravio y mi venganza.

Cor. Ruido siento. ¿Si acaso ya se acerca
el traidor?

Orosm. ¿Pues qué dudas? Vé corriendo.
Hazle prender. Cargado de cadenas
venga á este sitio. Amor, pues ofendido

Vase Corasmin.

estás, y puedes, tus agravios venga.

Sale Xayra, y Fátima despues de ella.

Xayra. Fátima, ven.

Orosm. ¿Qué oigo? Esta es la dulce
encantadora voz, que tan diversas
veces me ha seducido, el alevoso
organo del engaño y la cautela.
¡Ah pérfida! ¿Qué hago, que no vengo
oprobio tanto? ¿Es ella? Sí: si es ella.
¡Oh atroz destino! Muera. El puñal huye
de la mano. ¡Oh crueldad!

Xayra á Fátima

Sostenme; alienta
mi valor, que se rinde

Fat. Ya no puede
tardar mucho en venir.

Orosm. ¡Cómo renuevas,
voz, mi ofensa y furor!

Xayra. ¡Qué temerosa
muevo la planta entre las sombras densas!
¡Mas..! ¿Eres Nerestan?

Encontrándose con Orosman.

Orosm. Soy, el que ofendes,
y el que castiga, infame, así tu ofensa.

Hierela.

Xayra cayendo.

¡Piadoso Dios!

Fátima huyendo.

¡Qué horror!

Orosm. Vengué mi injuria.
Mas, bárbaro Orosman, ¿qué hazaña es esta?
¿Qué es lo que has hecho? ¿Qué? Lo que debias.
¡Oh qué lucha de afectos me atormenta!
¡Yo he podido..! ¡Yo cielos..! Mas ya viene

Salen Fátima, Corasmin, y Nerestan encadenado, con guardias y luces.

el autor de mis males. Llega, llega:

acercate, traidor, que al fin me privas
de mi única delicia; que aparentas
enmedio del delito aquel aspecto
propio de un héroe, quando tu alma alberga
toda perversidad; que disfrazabas
en trage de virtud la mas horrenda
malicia, y ofuscando mis sentidos,
dabas á mi bondad tal recompensa;
llega, disponte á recibir el premio
á tus obras debido: aunque tu pena
siempre será menor, que los atroces
tormentos que me causas; que la interna
furia, que me consume y despedaza;
que los males y horrores que me cercan
que este pesar; que este ódio de mí mismo,
que mi próxîmo fin me representa.
Corasmin...

Cor. Ya el suplicio, como mandas,
dispuesto dexo.

Orosman á Nerestan.

Ya á sentirle empiezas
desde este punto. Corre con la vista
este lugar. En él, en él te espera
la perjura, la cómplice contigo
en mi deshonra. Mirala. ¿No es esta?

Mostrándole á Xayra.

Ner. ¡Oh Dios! ¡Qué es lo que veo! ¡Amada her- (mana!

¡Hermana! ¡Tú sin vida! ¡Oh monstruo!
¡Oh fiera!

Orosm. ¡Tu hermana! ¡Qué pronuncias!
¿Será cierto?

Ner. Sí bárbaro. ¿Qué dudas? Ven, penetra
este pecho infeliz. Vierte, derrama,
bebe, sacia tu sed con la postrera
gota de sangre de una estirpe augusta.
Sí, cruel. Lusiñan, que á sus miserias
acaba de dar fin ahora en mis brazos,
es padre de ambos. Su órden postrimera,
venia á executar en su hija amada,
en mi hermana infeliz, que me encomienda
confirmar en la fe de sus abuelos,
vacilante por tí, de dudas llena
por tu amor, por un fuego criminoso,
que así has pagado. Sí, sí, con ofensa
de nuestro Dios y nuestra ley te amaba.
De esta culpa el castigo experimenta.

Orosm. ¡Xayra me amaba! Fátima, ¿qué
es esto?
¡Su hermano..! Amado yo..!

Fat. ¿Lo dudas? Esa
era, ó cruel, la injuria que te hacia
aquella, que á pesar de resistencias
nunca pudo dexar de idolatrarte:
aquella que su alma en lucha inquieta

de amor y religion martirizaba:
aquella en *fin*, á cuya pasion tierna...

Orosm. Cesa. No digas mas. ¡Xayra me amaba!
¡Ay infeliz de mí!

Ner. No te detengas.
Acaba de verter la última sangre
de una ilustre progenie. Riega, riega
con ella el suelo, que dexó tu padre
sin manchar. ¿Qué te turba? Estas proezas
serán las de Orosman. Sí, dar la muerte
á una muger, á una infeliz doncella;
hacer que Nerestan sufra el suplicio,
que tú solo mereces, y él desprecia.
Sí: ¡lo extrañas! Desprecio tus rigores;
¿pues qué puede ya haber, cruel, que sienta,
muerta mi amada hermana? Mas, si acaso
de pundonor algun vestigio resta
en tu bárbaro pecho, quando exhale
mis últimos alientos, considera,
que dar la liberdad á esos cristianos,
prometiste. ¿Estarás á tu promesa?
Si eres capaz de accion tan generosa,
ellos libres, ¿qué importa, que yo muera?

Orosm. ¡Oh noche de dolor! ¡Oh Xayra!
¡Oh cielos!

Cor. Señor...

Orosm. ¡Oh qué furor!

Ner. En fin ¿qué ordenas?
Orosm. Quitadle esas cadenas luego al punto.
La libertad sus compañeros tengan;
y con pródiga mano distribuye,
Corasmin, mis tesoros y riquezas
entre esos infelices. Á su patria
lleven todos de mi beneficiencia
ricas señales. Parte á acompañarlos
hasta Joppe tú mismo. Su defensa
y su seguridad encomendada
dexo á tu lealtad.
Cor. Señor, contempla...
Orosm. Obedece; y á nada me repliques.
Parte, á cumplir la voluntad suprema
de un Soldan que te manda, y de un amigo
que te suplíca. El tiempo no se pierda.
Y tú, guerrero ilustre y desgraciado,
mas no tan infeliz como yo, dexa
para siempre este clima aborrecible.
Tu Rey y los cristianos, quando sepan
tus desventuras, no es posible que hablen
de ellas, sin que el dolor los enternezca.
Mas, al hacer recuerdo de este caso,
no dudo, que de mí se compadezcan
igualmente, aunque culpen mi delirio.
Este horrible puñal contigo lleva,
que un atroz frenesí clavó en el pecho,

de quién yo mas amé. Diles, que queda
muerta á mis manos la muger mas digna,
que ilustró la virtud y la inocencia.
Diles, que esclavo yo de su hermosnra,
de este glorioso imperio la diadema,
mi alma y corazon rendí á sus plantas.
Y en fin, dirás, que si bañó mi diestra
en su sangre el puñal, el mismo acero,
castigando á Orosman, á Xayra venga.

Hierese y cae.

Ner. ¡Oh infeliz Orosman! ¿Á quién no pasma
tropel tan horroroso de tragedias?
Fuerza será que en dia tan terrible
yo mismo, yo de tí me compadezca.

FIN.